

CENIT

*sociología —
ciencia — literatura*

Sumario

Redacción: Notas de actualidad.—David A. Salzberg: Algunos aspectos de las realidades presentes.—Cristóbal D. Otero: Sin embargo, el pasado vuelve, o está.—Eugen Relgis: El hombre libre ante la barbarie totalitaria.—Campio Carpicio: Arte y revolución.—Fernand Planché: Una opinión.—Alberto Carsi: El cenit y el hombre.—Bernardo Pou: Paul Delesalle, constructor del primer aparato cinematográfico.—Pompeyo Gener: Vida intelectual de Servet.—Dr. Pedro Vallina: El infierno verde. La oncocercosis. — Germen: Ensayo bibliográfico sobre William Godwin.—Edmundo Marcucchi: Tolstoi y el Oriente (La vida y los libros). — Prometeo: Las utopías. Una ojeada a la vida en Tierra Libre, año 2040.—Luce Fabbri: El anticomunismo, el antiimperialismo y la paz.—Salvador Seguí: El sindicalismo y el problema de la cultura.—Angel Samblancat: «Quadrille» diplomática.



ENERO

1953

25

Revista Mensual

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

La calidad y la profusión de la escultura de Alberto Marino Gahn (Gran Premio de Escultura 1952, Salón Uruguayo de Artes Plásticas) nos colocan ante un artista constante, vigoroso y de gran sensibilidad. Su modelado de honda ternura y calor humano expresados en la forma pura, libre de anécdotas convencionales, tiene un contenido vital, de acción, de avance y de más allá infinito.

A estas facultades plásticas creadoras se suma su cualidad moral de artista independiente que nunca formó parte de cenáculos o círculos amparados en influencias oficiales. Cuando triunfó lo hizo por sus caba-les y derrochando méritos que hicieron imposible su postergación.

Agreguemos que su condición de proletario le impone a Marino Gahn continuos sacrificios para la producción artística; pero a pesar de ello, aún le queda tiempo para participar en la lucha por una huma-nidad más justa, libertaria, espiritualmente estética...

LA PENSÉE CHINOISE ET SON ROLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psico-logía, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo mo-ral que ha caracterizado, desde los tiem-pos más remotos, la filosofía de los pen-sadores chinos. Es una exposición obje-tiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolu-ción del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de en-vío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «**CENIT**», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

★

Comisión de Redacción: Peirats,
Ferrer, F. Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4,
rue Belfort, TOULOUSE (Haute-
Garonne).

Precios de suscripción: Francia,
204 francos trimestre; Exterior,
240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de des-
cuento a partir de cinco ejem-
plares.

Giros: «**CNT**», hebdomadaire,
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort,
TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año III

Toulouse, enero 1953

Nº 25

Notas de actualidad

EL MILITARISMO. VERDUGO DE LA CIENCIA. — LAS FRONTERAS. SIMBOLO DE LA ESTRECHEZ MENTAL DE LOS PUEBLOS

UNA palabra hiere los oídos y la vista de toda persona sensible: el «generalato». Por lo que significa, más que por su desagradable sonoridad. Y sin embargo, esa institución está de moda, se impone y aloca a los pueblos, dejándose éstos gobernar cañonamente en su abundante mitad. Con la ascensión del general Eisenhower a la presidencia de los Estados Unidos, tenemos a 160 millones de almas más conducidas a batuta tajante; 160 millones de almas que, añadidas a los 250 millones de rusos supermariscalizados por Stalin, a los 450 millones de seres sometidos al general Mao Tsé Tung en China, a las 28 millones de españoles aplastados bajo la bota del generalísimo Franco, a los 15 millones de egipcios gobernados a decreto y guma por el general Naguib, etc., etc., dan el resultado de más de media humanidad sometida a la fuerza bruta, lo que supone un triunfo de la ferocidad militarista o guerrera por encima del saber, de la justicia y de la sensibilidad de los hombres.

Ya sabemos que elementos quisquillosos, y, como tales, intrascendentes y resbaladizos en asuntos de moral política y sociológica, podrán exigirnos un deslinde, una diferenciación entre un poder militar salido del voto, y otro erigido merced al recurso de la fuerza. Aparentemente, en una misma resultante militarista se manifiestan dos tendencias distintas; mas, en definitiva, no se trata sino de dos corrientes, una democrática y otra dictatorial, que discurren por dos caminos paralelos hasta llegar al mismo punto inverso: el de la opresión armada, antítesis de la tranquilidad y de la felicidad de la especie.

Entre docenas de pruebas, todas ellas de calibre, vamos a citar una que va de lo típico a lo doloroso: la esclavitud de la ciencia a título de la desintegración del átomo. ¿Cuántos especialistas nucleares no se hallan reducidos, espíados, encerrados en ciertos casos, en Estados Unidos de América y en la Unión Soviética? Este afán para obtener de unos sabios ventajas nucleares considerables, manteniéndoles en «jaula» cual aves de granja en explotación intensiva, ¿no supone, humanamente y socialmente, un retroceso, considerable también?

¡Drama espeluznante, aterrador el que vive la humanidad presente! Y cuando las esperanzas de los pacifistas se levantan merced a un detalle corazonador, progresista, emergido cual fuego fatuo de éste o aquél rincón del planeta, se levanta potente, en cualquier país mayor del

mundo, la silueta macabra de un general en jefe, sable en mano, cual promesa de dolor, y de hecatombe en perspectiva.

¿Preseindirá la humanidad de generales, o preferirá que la sigan descuartizando so pretexto de cualquier imbecilidad o sonsonete puesto de moda?

*

A la sombra de la gigantesca estatua de la Libertad, los aduaneros políticos yanquis se dedican a la insignificante, si bien mortificante tarea, de preguntar a inmigrantes y tripulaciones por sus intenciones e ideas políticas. Indagan también, esos singulares policías, de cuantos van o pretender pisar el asfalto norteamericano con zapatos extranjeros, si han sido bandidos o locos, y aún si piensan serlo o estarlo. Ridícula farsa de un Estado que se considera el más avanzado del mundo; ridícula, pero no por ello menos ofensiva. Efectivamente, ella concreta el espíritu impositivo, la política de fuerza que se va imponiendo en todas partes del globo. Si la democracia mayor del mundo regresa al medievo; si el impertinente obstáculo de las fronteras en la «libre América» ha de afirmarse como en la desdichada y militarista Europa, en donde es imposible recorrer 2.500 kilómetros sin chocar con las insuperables inconveniencias de seis o siete fronteras y con un par de «cortinas de hierro», ¿qué no harán en adelante las naciones atrasadas, soñolientas hasta ahora, pero cuyo despertar lo amenizan generales nacionalistas y despóticos del testuz hasta los tacones?

Por permitirse la libertad de pasar la frontera, al ciudadano los carabineros de Franco y de Stalin lo cazan a tiros con toda tranquilidad como si se tratara de un vulgar conejo. El propio ciudadano hubiese pedido pasaporte, y ninguna autoridad se lo hubiese librado. Intenta la suerte del traspaso, y ella le puede valer el fin de su vida.

Es la ley que impide, que importuna y además mata. Es la fiebre nacionalista, es el crimen de las fronteras, el dolor de la mala entente entre los pueblos, que, tras no saber el terreno que pisan, confían su destino a los portavoces de la brutalidad militarista.

En Italia han quemado, simbólicamente, unos postes fronterizos. Como demostración teatral ya está bien. Lo grave será que, cuando los postes verídicos sean sacudidos a cañonazos, la humanidad no presenciara una comedia, sino que vivirá otra trágica y espantosa realidad.

ALGUNOS ASPECTOS DE LAS REALIDADES PRESENTES



CARENCIA DE CONCIENCIA POPULAR



RECUEMENTE, en los medios más avanzados se acostumbra considerar los acontecimientos políticos y sociales desde un ángulo puramente oficial y gubernamental. Por donde se llega a no creer en las fuerzas sanas y constructivas que obran oscuramente en las profundidades del ser humano.

Llevados por una creencia casi mística, cuyo mecanismo nadie se ha preocupado de revelar, nuestros semejantes se inclinan, por una inmovilización de sus facultades apreciativas, por una inercia mental hasta el grado cero, a atribuir su propia vitalidad realizadora y sus instintos biológicos de organización, al solo ingenio de los hombres de Estado, a los organismos estatales.

En este estado moral infectado de estadismo se descuida, demasiado fácilmente, observar que una intervención popular espontánea, menospreciativa de los planes gubernamentales, algunas veces modifica, sensiblemente, la marcha de los acontecimientos. Prefiérese percibir en el Estado la encarnación de todas las virtudes, envolviéndole en no se sabe qué poder mítico.

Así ocurre que nada se percibe de la capacidad creadora del genio popular; antes al contrario, hay empeño en desarrollar en él un sentido de inferioridad que le reduzca a sumisión, a docilidad, ante la autoridad omnipotente del Estado. De ese fenómeno artificioso resulta que el ser vulgar, al leer los periódicos que se ocupan *in extenso* de los discursos de los hombres políticos y de la política gubernamental, se estima tan pequeño, tan poca cosa, que llega a la conclusión de que todo en la vida debe ser recogido y dominado por los prohombres estadistas.

Esta disposición mental está así de extendida merced a la difusión obstinada y tenaz de la mística gubernamental, que ni los pueblos ni los individuos tratan ya de sacudir por despreocupación de los grandes problemas generales, por ejemplo, la acción internacional de protección contra la guerra, la reducción del horario de trabajo, en fin, el suscitar una resistencia universal contra Franco o el fascismo rojo de Stalin.

Cuando analizamos la rápida sucesión de los acontecimientos desde la terminación de la segunda guerra mundial, constatamos, no sin angustia, la desaparición sistemática de la iniciativa popular, como así de otro factor no menos primordial: la independencia de la clase obrera. Su lugar ha sido

absorbido por el factor dirigista, el comité central; por los imperios, y los potentes Estados provistos de un mecanismo de opresión y de represión nunca igualados desde los tiempos de los Faraones y de los Césares omnipotentes. El mundo está en su última fase de las conquistas territoriales. Los pequeños Estados van siendo devorados por los más pérfidos y los más fuertes. Ya no quedan sino dos bloques en la escala planetaria. El Estado se ha expandido tan irresistiblemente, se ha hinchado tan desmesuradamente en lo que respecta a atribuciones, que casi se ha transformado en una divinidad. Tanto ha conseguido meterse por todo, estar en todo, incluso en los más íntimos detalles de la vida privada, que se ha llegado a considerarle invulnerable como la tempestad y la sacudida sísmica.

La fase de la conquista territorial terminada, el Estado científico, el Estado laboratorio, el Estado atómico tendrá necesidad del hombre, no solamente como máquina, por sus brazos, por su cuerpo; por su ser entero; poseerlo integralmente, totalmente: su cerebro, su sistema nervioso, su esperma, sus lágrimas, su entusiasmo, su espíritu. Su voluntad ha de ser burocratizada, intimidada, controlada, uniformada. El todo al servicio de la santa trinidad totalitaria: Fábrica, Producción, Estado.

Exactamente como en la barbarie primitiva, el hombre concede a la materia bruta una voluntad, una personalidad, una inteligencia. El hombre actual, cautivo de una imaginaria ancestral y mefitofélica, concede a la materia bruta que es el Estado, una voluntad, una personalidad, una vida autónoma. Sería suficiente un instante, por súbita revelación de las facultades espirituales, para comprender que el Estado no existe por sí mismo, puesto que si en nosotros no estuviera la aceptación resignada de lo que es y hace el Estado, éste sería incapaz de mantenerse en pie, de subsistir por un solo minuto. Somos nosotros quienes le dotamos de los atributos de que esencialmente carece. Su existencia la adquirió a partir del momento en que consentimos en concederle *situa* preeminente merced a nuestro complejo supersticioso, metafísico.

Hundido en ese estado, el hombre no trata de indagar a fondo la tiniebla que lo envuelve, de la que emerge, entre una salvaje mitología de dioses, reyes y magos, mezclados en una confusión de espantos y terrores, la imagen dominante, suprema, autoritaria del Estado.

El miedo, ese sentimiento que estrangula al ser; ese demonio que circula como una corriente eléctrica y cuya central es el Estado, desata el terror, el mejor gendarme, el mejor cómplice, el mejor aliado del Estado, y sin el cual aquél sería un fantas-

ma para asustar a los niños. Todo su poder está basado en el miedo. Entonces, es a éste que precisa aniquilar primeramente; arrancarlo de nuestras entrañas, suprimir las atribuciones que le concedemos en nuestras crisis de debilidad, y acto seguido se verá que del poder material que nos oprime —el Estado— no quedará más que un viejo esqueleto roído por infectos gusanos.

El admirable cuento persa de Ormuzd y Ahri-man se verá realizado en la vida veraz. El reino del Estado se derrumbará al victorioso conjuro de la luz estallante, cegadora. Donde su claridad brillará potente y beneficiosa, el miedo será ahuyentado y la ciudad de los hombres libres conocerá su aurora.

Imposible me ha sido no hacer estas reflexiones sobre el Estado, puesto que cualesquiera que sean las maneras de darle vueltas y más vueltas al destino del hombre, particularmente en el siglo XX, se choca, a cada respiración, con el sistema coercitivo del Estado. Posibilidad de remedio, no existe sin previo diagnóstico. En anatomistas sociales, los anarquistas atacan al mal primordial en la existencia humana. Este mal primordial es reconocible previo examen psicológico del individuo sometido al principio de Estado por la vía del miedo. El Estado moderno, o está comprendido en el género científico-absolutista, o dejará de ser.

Así, el momento crucial de enseñar a los hombres que la resignación y el desespejo sirven al Estado, lo tenemos encima. Hay que inculcarles a aquellos que el Estado es una ficción externa proyectada por el monstruoso y obsesionante pavor de la criatura humana minimizada, profanada y numerada, que cada uno de nosotros somos. Tenemos enfrente dos caminos que se abren, igualmente accesibles y de parejas proporciones. Uno se dirige al imperio esclavista de Stalin, de humanidad semi-disminuida a una sola dimensión. En dirección paralela, parte la senda, en pendiente de hegemonía americana, larvada de falso liberalismo. Ambas vías se inclinan hacia el fondo, y según apariencias, la humanidad se dirige al mismo, sin darse cuenta de que se adentra en una noche de autoritarismos y represiones sin fin. El otro camino se refiere a la resistencia espontánea contra el Estado, a la libre asociación, a la descentralización, a la federación, a la democracia en economía, a la anarquía, a la armonización de las relaciones humanas. Estamos, pues, en la hora de escoger.

Es muy posible, como frecuentemente ocurre, de apechugar con las desdichas de la historia con una sumisión mal disimulada, puesto que la esperanza de un mañana mejor subsiste continuamente dentro del alma, de esa alma que los opresores del pasado no hallaron el medio de disecar o destruir. Con esta garantía la individualidad mantiene su facilidad de desarrollo, todas sus posibilidades de irradiación. Que esto es perfectamente exacto, lo prueba la extraordinaria eclosión de la personalidad humana en los siglos XVIII y XIX. En el despertar de su conciencia, el hombre ha reencontrado su dignidad. En la acción, en la lucha por un ideal, proporcionado a sus aspiraciones de justicia y bienestar, el hombre se ha demostrado capaz de acceder a los sentimientos de nobleza, de librarse del peso de su propia barbarie.

Ciertamente, la miseria humana ha sido siempre inmensa y su conducta frecuentemente innoble. Pero no obstante, la miseria y el atraso aún ofrecen al hombre posibilidad de redención merced al tesoro de humanidad que lleva escondido en su entraña. La gran llamada a los oprimidos de la tierra, apor-

tada por el socialismo, apóyase y cifra su fuerza en la confianza indefectible inspirada en el citado tesoro aún no emergente en la superficie de la vida. Esta confianza está ampliamente justificada por el eco hallado en los corazones humanos.

Antaño la miseria era grande, cierto; la fealdad y la bajeza eran a menudo descorazonadoras; pero la reserva cordial, anímica, estaba allí. El hombre, en sus titubeos, en su rechazo estúpido de sacudir el yugo, en sus vacilaciones en la hora de escoger, guarda cuando menos intacta su humanidad escondida y su inteligencia generosa. Materiales estos para construir la ciudad del sci. Todo el problema radica en una cuestión de tiempo. Los apóstoles del socialismo lo sabían. Con el socialismo, la educación del hombre pudo ser emprendida. En la fiebre entusiasta de ver puntear una aurora nueva, la miseria material perdió el peso degradante del pasado. El orgullo de la humanidad afirmábase ya entonces, sin embargo, por encima de la miseria física.

Nosotros lucharemos durante veinte, cincuenta años, o siempre, sin jamás precisar una salida, si así se quiere. Pero aún sin triunfo contante y sonante habríamos salvado, cuando menos, lo mejor de nosotros mismos: el espíritu de revuelta, el amor a la justicia. Si una tal resolución del carácter nos hubiese distinguido, no pretendo que con ello hubiésemos realizado nuestras aspiraciones, pero sí que se hubiese conseguido evitar, convertir en una imposible, la realización del fascismo, del nazismo y del totalitarismo rojo de Stalin. Siendo el panorama actual diferente, unas advertencias de última hora se imponen. En calidad de seres pertenecientes a la colectividad humana, compartimos en más o menos la suerte común. Formando parte integrante de esta colectividad, mi voz y mi conciencia, opuestas a la voz y a la conciencia ajena que permanece en un silencio de complicidad, me dictan hablar. Entonces me expreso según una óptica propia para alcanzar ciertos aspectos de la realidad presente.

Los peligros que nos atienden por todas partes no se refieren solamente a los padecimientos físicos. Las privaciones de toda suerte que nos esperan no son únicas en hacernos constatar que, en la encrucijada en que estamos, la opción se impone, habida cuenta de que contra el desorden económico y social provocado por un régimen que tiene por única ambición permanecer, la lucha es posible. Pero esta lucha perderá toda posibilidad a partir del momento en que un régimen político-social sustituirá la voluntad de potencia y dominación del régimen antiguo, con la opresión calculada y los recursos ofrecidos por la ciencia moderna.

La asociación Estado-ciencia, Estado-sabiduría, Estado-universidad, Estado-biología, Estado-técnica, anuncia el fin del hombre en su estado moral; anuncia la anulación, o la trasmutación —empleando un término químico-físico— de este tesoro que nos permitiera remontar a la superficie de una civilización humana durante algunas décadas. Esa trasmutación que dejo mencionada es posible, quiero decir, que no se trata de una metáfora absurda. ¿Precisa probarlo? Entonces sea. Proponemos por tema los S. S. al servicio de la muerte provocada, y constatemos no ser suficiente el decir que los alemanes son antisemitas y militaristas fanáticos. Los S. S. eran hombres de constitución física exacta a la nuestra, pero, para que la trasmutación haya sido hacedera precisó, en primer lugar, la influencia malsana de un Estado tecnológico y científico. Luego, merced a los recursos de la sabiduría utili-

zados por los servicios estatales en psicología, se transformó la condición humana en energía de fierro, en energía de odio feroz, inspirada por el modelo de Estado al cual los entes servían.

El Estado científico de Hitler consiguió crear una justificación colectiva y moral para sus bestiales exterminios, al extremo de hacer aparecer como una gloria para los matadores el suplicio atroz de millones de seres humanos. A tal punto la trasmutación hizo su obra, que ningún remordimiento —a excepción de un pequeño número de guardianes— turbó la conciencia de los matadores ni señaló el grado de abyección en que se hallaban.

El espécimen de esta humanidad de ínfimo grado está en formación casi en todas partes del mundo. La juventud staliniana es ejemplo típico de ello. La trasmutación de su individualidad más preciada ha sido realizada en el sentido de liberar la energía bestial. El Estado tecnocrático que la juventud bolchevique estima con amor de masoquista, posee a ésta integralmente, al punto de haberla vaciado totalmente de su carácter personal.

No existiendo más nada permaneciendo íntimo, secreto; nada que sea imprevisto, espontáneo, original, esa pobre juventud es opresora y oprimida a un tiempo, verdugo y víctima, con todas las consecuencias inherentes.

La idea del hombre que entraña bellezas, revoluciones, empresas arduas; la idea de no reconocer a ningún amo por encima de su conciencia, han sido desvanecidas, arrancadas de su corazón. Nada. Es el cementerio, el silencio, el crepúsculo. Desgracia para el mundo si esta masa resultante, desentrañada, da cima a su conquista; ello sería la noche entrecortada por los gritos histéricos del comité central.

La anchura de la descomposición moral es la misma en todos los partidarios del Estado integral, el que tiende hacia el control absoluto de hombres y cosas.

Por su parte, las democracias capitalistas han envejecido. Su filosofía liberal, si a liberal llega, ha ignorado los métodos que el Estado técnico-científico emplea. Por esta razón, y faltado de una base planificada y dirigista, su existencia, en la forma clásica de la democracia, no será muy larga.

La defensa del Occidente contra las amenazas stalinianas es ineficaz y absurda. Los pueblos no están muy entusiasmados en defender una causa que no es la suya. La violencia de los medios y las fórmulas de 1789 a cuyo conjuro se trata de levantar el entusiasmo antiestaliniano, no llegará a inflamar las pasiones en la medida de lo requerido para asegurar, intacta, la conservación de las instituciones occidentales.

En la ignorancia de los hechos y ante la inercia general, no se comprende muy bien como se podrá evitar la formación, en Occidente europeo y en América, de un Estado planificado y autoritario. Por otra parte, ¿cómo evitarlo si los medios conocidos son los últimos recursos del capitalismo moribundo a emplear contra la extensión bolchevique y su doctrina?

No. Por vueltas que se le den al asunto, no se da solución lógica a nuestros temores. Objetivamente —en lo que se puede serlo en este trágico momento de trasmutación de valores— ni el Oriente ni el Occidente ofrecen la menor posibilidad de salvar al hombre y su riqueza cordial, su originalidad, su chispa de conciencia.

La humanidad ha hecho buen número de experiencias desde el alba de su historia, y hasta ahora,

ninguna de ellas ha sido capaz de proporcionar al individuo la vida, la libertad y la felicidad. En este mismo siglo XX una serie de regímenes políticos han sido experimentados, y en su conjunto, nos han procurado los más lamentables desastres.

Diez mil años de guerras, de masacres, no han aportado ningún beneficio. Pero, ¿qué es lo aportado por las democracias liberales, y los totalitarismos occidentales y la dictadura staliniana? Nada más que el espectro de una noche espantosa. ¿Qué resultado han obtenido el ingenio humano, los imperios, los bloques, los partidos revolucionarios obreros, más que el de dejarnos en el quicio de la transformación del hombre en instrumento técnico de un comité central? Si queda una miaja de conciencia en los hombres, éstos no permitirán que el hundimiento se consuma. No se trata ya de salvar a este o aquel dogma, a esta o aquella ideología, puesto que dogmas e ideologías son, con frecuencia, de una construcción artificial y por ende perecederos. Y entre tanto, los perjuicios irrogados en nombre de los dogmas son incalculables. Importa el hombre ante todo.

Así, nos estimamos con derecho a dirigir la mirada hacia un nuevo horizonte. Puesto que no vamos a escoger ninguno de los regímenes existentes, justo es que nos situemos al influjo de lo que nos queda de esperanza; con la visión segura de nuestra finalidad hacia una asociación de hombres en la que el pensamiento político-dirigista y la jerarquía funcional sean excluidas para siempre, so pena de ser definitivamente vencidos por las fuerzas de sujeción total, el comienzo de una acción severa se impone. De todas suertes, esta acción debe hallar su fuerza, no en un sentimiento sacado del miedo, sino de un estado de espíritu lleno de lucidez. De los antiguos métodos de centralización y mando no obtendremos nada, y a este respecto mejor será hacer tabla rasa con la manía del autoritarismo. En estas horas graves los antiguos remedios son ilusorios.

El asunto no estriba en que se sea staliniano o socialista, sino en el interés común que hemos de asegurar contra un peligro universal, contra el régimen de los comisarios políticos, contra las milicias fascistas, contra los campos de concentración y exterminio. El problema está en salvar lo más precioso que la criatura humana posee: los principios elementales de la libertad interior y la libertad de poder expresar con franqueza lo que se piensa. Asimismo, no ser obligados a mentir, y quedar en derecho de objetar y oponer a cuanto no sea de la convicción de uno; que se pueda escoger la lectura y la enseñanza al gusto propio, que se pueda manifestar que tiranía es tiranía y no una solución de régimen perfecta, que comunismo bolchevique no es comunismo ni de cerca ni de lejos. Restar libre para comunicar este pensar a los semejantes, que se pueda dialogar lealmente sin presentimiento de ser escogido como candidato a ser fusilado.

Que entre tantos concibamos diferentes maneras de ser felices es justo, pero sin dejar de permanecer unidos dentro del respeto a la libertad de cada uno; y guardémonos, además, de querer monopolizar la idea de revolución social. El socialismo debe admitir *a priori* todas las experiencias. Que los grupos humanos hechos al concepto de la transformación social, al querer aplicarse en la práctica, ninguna potencia debe poseer el derecho de obligarlo a renunciar. Nadie puede pretender guardar la verdad absoluta, ni existir puede un solo método de afrontar los problemas de la época. Pretender

que los no ortodoxos se dobleguen a la autoridad de los comités políticos o de los gobiernos, es cumplir tarea de dictadores, puesto que tanta obligación implica, fatalmente, imposición, intervención policiaca y encarcelamiento, justamente eso que en revolucionario tratamos de hacer desaparecer para siempre.

De todos estos razonamientos una conclusión se perfila: el empezar por hacer algo, y la primera cuestión a resolver en este momento es saber cómo dar inicio práctico a esa necesidad de acción.

Evidentemente, existen diferentes maneras de hacer obra, o de no hacer nada de provecho. Pero, como existe, probablemente, en cada uno de nosotros deseo de reemprender contacto de hombre a hombre, de compañero a compañero, y de querer alumbrar un espíritu nuevo, habremos de agruparnos en círculo, en club, en biblioteca, y reemprender el diálogo interrumpido en 1917, o mejor, después de las masacres de Kronstadt.

Preciso será empezar por repeler el prejuicio de

las jefaturas revolucionarias y de las verdades prefabricadas; aprender a prescindir del Estado y de la dirección política de un comité central; acostumbrarse a la asociación libre y a considerar que el aislamiento es nefasto. Es muy urgente romper los ídolos y los símbolos del autoritarismo, de los falsos genios de la moral y de la obligación. Salir al aire libre, sentirse bien en él, acomodar al mismo la personalidad. Agruparse al margen de los partidos, crear maravillosas posibilidades para rehabilitar al hombre corrupto en parte por el sectarismo y por el funcionalismo burocrático.

Imposible considerar que un tal comienzo resulte infructuoso. Es una empresa entusiasmadora que vale la pena intentar.

Y es por esta acción verdaderamente libertaria y noble en su finalidad, que llegaremos a preparar el renacimiento propuesto. Pero, apresuremonos a empezar.

David A. SALZBERG

Sin embargo, el pasado vuelve, o está



ATEMOS el pasado, que son fantasmas

—aconseja, más o menos, Barret—

Se refiere al pasado sobrepasado, que que no sirve, que sólo es lastre o reacción. Estamos con él. Porque hemos avanzado hacia la cosa nueva que debe animar nuestra esperanza de perfección; o lo que se le acerque.

¿Cómo habríamos de querer, para vivíros otra vez, los errores, los mie-

dos, las miserias, las fealdades y aun las bellezas trascendidas? ¿De qué habría de servirnos repetir la obra que fué buena si estamos seguros que debió —o debe— ser mejor?

Nuestros padres fallan cuando nos hacen mirar hacia atrás; hacia puntos fijados en su memoria porque los hicieron felices; o evitaron la cosa peor que pudieron apreciar en otros. Sólo se salvan cuando aplican o desean aplicar, la filosofía de los refranes que resistió el paso de los siglos; porque ellos tuvieron la adaptación de todas las épocas. Por consiguiente, anduvieron el paso perfeccional de la cultura.

—Lo que importa es el futuro—ha dicho también Barret queriendo significar, sin duda, que nos debemos abocar constantemente a las mil soluciones de cada minuto. Hacía arriba siempre. Y en esto, «lo pasado pisado».

Empero, frecuentemente, el pasado está con nosotros; nos acompaña cuando trabajamos para el porvenir. Ya como indispensable punto de referencia, ya cual suma de aprendizajes cumplidos, ya como influencia hereditaria. No debe ser norte de actividades para hoy, claro; pero es presión hacia adelante en forma de experiencias que importan siglos de arañar escarpaduras en el camino del saber

El arte tuvo cultores maravillosos. Tocó cima en muchos aspectos. Removió habilidades que hacían saltar el resorte de la fantasía. Fué criticado por atrevido o condenado por hereje. Levantó dioses o los hundió. Mas quedó él como señor absoluto de un movimiento animico-estético que incidió en todos los estratos de lo humano y fué verdadero rector de la búsqueda de rutas contra lo retrillado. Había que andar y el arte fué impulsado, vereda y lazarillo, sin desvincularse de sus remotos orígenes que, al decir de Herbert Read, constituyen la constante de nuestro avanzar perfecto.

Sí, el pasado está con nosotros. A veces, como lastre—o fantasma—que se debe tirar por la borda. A veces, como dolor que incita a la meditación. A veces, como trampolín para adelantarse a nuestra época. A veces como id—la palabra es de Freud—que incide en toda nuestra capacidad de creación.

Pero corresponde trabajar para enseñarle algo; que nos defendamos de su influencia en lo que ésta tire hacia atrás; que sea cada uno de nuestros actos un intento de superación respecto a todo lo que nos ha dicho o está diciendo la Historia. Saludarle, agradecerle y seguir. Desdeñarlo es pecado. Quedarse en él, grave error; estancarse equivale a morir. Juntarlo es lo que debemos hacer, en síntesis, para que nos ayude en la renovación incesante a que nos debemos.

El que habló de quemar los Museos dijo una barbaridad; quienes no saben salir de ellos, están muertos para la creación. Poseídos por el «fantasma», giran dentro de una muerte sin vacaciones.

En suma: el artista ha de adelantar el porvenir en el presente, levantándolo en los valores del pasado.

Cristóbal D. OTERO

EL HOMBRE LIBRE

ante LA BARBARIE TOTALITARIA

El Individuo, el Pueblo, el Estado



TENDER un puente entre el ensueño de arte y la acción social... Román Rolland creyó haber conseguido, en la última etapa de su vida de creador y de combatiente, esta armonía entre dos orillas opuestas. Antaño, los grandes artistas previsores del porvenir «cantaban al sol antes de que ameneciera»; hoy «al fin el día se levanta a su llamada», puesto que el ensueño de arte «ya no está tejido con la sola substancia del ingenio» y sí con elementos dimanantes de lo real. Antes, incluso en los tiempos de Wagner, quien, desesperando de hallar en Europa un público comprensivo escribiera sus dramas musicales para un público imaginario venido de otro continente, «los genios del arte estaban obligados a recrearse a sí mismos y al mismo tiempo a su obra de avanzada, la ilusión—la previsión—del pueblo venidero que reconocerá en ella su propio canto».

Se podría aplicar a Rolland—el autor de «Juan Cristóbal», «Colás Breugnon», «Clerambault» y «Alma en encanto»—lo que él dijo de Wagner. Pero, por su acción social, por su participación en los movimientos internacionales de la intelectualidad revolucionaria, ha cruzado su puente entre el arte y el pueblo. «Hoy, el pueblo está ahí. Ya no estamos solos, y obraremos conjuntamente, y aunque el rol que nos asignemos deba ser permanentemente el del artista altamente atrevido, el de superar el estadio actual, el de evocar, ya, la plenitud de lo que en el presente se anuncia, el pueblo pertenece al mismo tajo que los demás equipos de trabajadores. Y todos unidos, edificarán sobre idénticos planos, como en la antigüedad los pueblos construían catedrales».

Así Rolland, con los héroes de sus relatos, sin separar su causa de la causa común, se encuentra «del lado bueno de la barricada». Sus personajes viven y mueren para todos los hombres. Unidos al pueblo, en espíritu o en obra, lo sirven y se sacrifican por él, siendo ellos mismos pueblo, «un pueblo de trabajo, incesantemente en marcha. Su individualidad es, por esencia, colectiva». En lo que concierne al «sacrosanto individualismo», una de las frases «fetiches» que Rolland y otras conciencias libres han defendido durante su juventud, una larga y penosa experiencia a través de ilusiones y errores les ha demostrado, a la postre, que este individualismo servía a «ídolos corrompidos, a una cultura de astutos, maleada en un juego de vocablos-ideas previamente vaciados de su substancia para ser rellenados con interesa-

das sutilezas contrarias a las ideas». ¡Libertad del espíritu! ¡Derechos de la conciencia y del individuo! Consignas defendidas con «una pasión inocente y a la vez arrebatada», sin que pasaran de ser «enseñas de los traficantes que las explotaban». Los verdaderos espíritus libres de todas las épocas, los Swift y los Voltaire «han cumplido con su tarea de arrancarle la máscara al malévolos espíritu de un tiempo y de una casta que ensaca los más nobles y puros ideales humanos disimulando el abuso con palabra tan bella como engañosa». ¡Labor a reempezar perpetuamente! Precisa denunciar la mentira de las palabras-idolo devenidas más numerosas, potentes y malhechoras en nuestra época de masa totalitaria. Rolland reconoce que, para pasar a filo esas conjugaciones mefistofélicas, precisas serían aceradas saetas a lo Voltaire; pero el Voltaire no ha parecido y nosotros no hemos sabido *terminar con el infame*.

Rolland precisa igualmente que incluso del otro lado de la barricada de donde debía llegar «el ejemplo de liberación del potente movimiento comunista, éste ha carecido del verbo necesario para oponer a las caretas desvirtuadoras de nuestros grandes ideales, traicionados por la civilización burguesa, su fisonomía verdadera y su viril realidad, en el mundo nuevo que se edifica». ¿Por qué? Rolland pensaba entonces que en la violencia del combate el hombre se inclina mejor por la crítica áspera de lo que se destruye que «a evocar, a exaltar lo que ayuda a nacer el hombre nuevo, el verdaderamente libre, verdaderamente él, el uno equivalente a todos. Mas hoy, tras una veintena de años, esas líneas de Rolland encuentran la respuesta amarga, inevitable, de la realidad: la tarea exige un volver a empezar. Arrancar «las caretas desvirtuadoras de nuestros grandes ideales»... pasar a filo las palabras-idolo de este propio movimiento comunista que, sin dejar de construir su Estado absolutista, ha difundido por doquier para cautivar y sujetar a las multitudes de trabajadores. Nunca, quizás, un movimiento político cual el bolchevique había abusado tan enconadamente de esas palabras-símbolo, pretendidamente idealizadas, en nombre del «orden nuevo», de la justicia, de la paz, de la igualdad, de la libertad, etcétera. ¿Dónde está este hombre nuevo, verdaderamente libre, verdaderamente él que Román Rolland creyó ver nacer en la «patria del proletariado»? De ese proletariado engañado, traicionado, domesticado por una minoría de políticos astutos, especialistas del golpe de Estado, y que, proclamando una «revolución mundial», una revolución permanente», y luego «el socialismo en un solo

país», han utilizado las mismas armas que sus adversarios: la mentira sistemática, el fanatismo, la astucia, la violencia implacable contra el individuo y las masas.

Sí, la tarea está en su recomienzo, siendo ahora más penosa, más dolorosa, por tratarse (para emplear las palabras de Rolland) de «la realización plena y sana de una sociedad socialista». Esta tarea de arrancar la máscara a los embusteros, de deshinchar las palabras-fetiche, ha sido ya empezada por los compañeros de la primera hora de la Revolución rusa. A la hora de ahora, son ya numerosos los que reconocen la verdad, y al efecto citaremos a un solo testigo —y no de los menores— que ha luchado largo tiempo en aquel cuerpo a cuerpo dejándonos luego una riqueza en documentación. Trátase del libro póstumo de Volin: *La revolución desconocida, 1917-1921* (1), que todo historiador objetivo y todo amigo sincero del pueblo ruso debe leer y confrontar con la historia que oficialmente se ha escrito. Volin no ignoró los mensajes de Rolland en favor de la U.R.S.S., al escribir, por ejemplo: «¡Que un Román Rolland afirme no haber podido establecer la existencia de una justicia administrativa en Rusia!... La represión desatada, la violencia contra el pueblo, el terror: tal fué la coronación de la obra bolchevique, de su régimen mal llamado soviético». Y, tras haber rechazado la tentativa de justificación de estos horrores en nombre de los intereses de la Revolución, Volin procede al arranque de caretas: «Los revolucionarios en general y centenares de miles de trabajadores han sido aniquilados en Rusia por una nueva autoridad y una nueva casta de privilegiados que, como todas las autoridades y todas las castas privilegiadas del mundo, nada tienen de común con el espíritu revolucionario, manteniéndose en el poder por sed de dominio y de explotar el país a su vez. El sistema de los bolcheviques se basa en el engaño y la violencia como no importa qué sistema autoritario y estatal necesariamente dominador, explotador y opresor... El régimen «comunista» estatal no es sino una variedad de régimen fascista, y ya sería tiempo de que los trabajadores de todos los países lo comprendieran de una vez, que reflexionaran sobre el caso para extraer saludables conclusiones de esta formidable experiencia negativa» (páginas 320-321).

Al escribir estas líneas en diciembre 1939, o sea en los comienzos de la segunda guerra mundial, cuando el bolchevismo estaba en tren «de salir de sus fronteras, de su jaula rusa», Volin añadió no tener la menor duda sobre la naturaleza de la sentencia definitiva. Los acontecimientos ulteriores han confirmado las previsiones de Volin, testigo y víctima a la vez de la tragedia rusa. Después de la victoria guerrera seguida de la «liberación», el bolchevismo, regresado a su «jaula rusa» y velado por su cortina de hierro, procura, por sus acostumbrados medios de opresión, de engaños, de esclavitud y de asesinatos, de mantenerse en el poder. Y si un día efectuara otra salida guerrera por sus fronteras actuales (más anchas que las de la época zarista), ello sería para intentar el último golpe contra todo régimen dictatorial, burgués o popular, o sea la guerra contra un enemigo exterior para mejor encadenar a su «enemigo» interior, que a tal equivalen en lenguaje staliniano los pueblos «federados» y el neo-proletariado revolucionario.

La cuestión vital de la libertad preocupó siempre a Romain Rolland, y a este respecto nos preguntamos: ¿cómo ha encontrado en el marxismo argumentación favorable a la libertad individual? Quizás tuviera razón cuando se refirió a Marx propiamente dicho y «a su lucidez implacable con la cual traspasó de parte a parte a la ideología burguesa», a pesar de lo cual no es admisible ignorar que Marx fué el padre del autoritarismo político-económico, de ese dogmatismo del materialismo histórico, del «marxismo» que, pasando por el leninismo maquiavélico, se ha convertido en stalinismo totalitario. Rolland cita la crítica de Marx en su *Zur Judenfrage* (1843) contra las «libertades preconizadas por la tabla de ley democrática, por los Derechos del Hom-

bre». Es «absolutamente verdad» cuando se lee lo siguiente de Marx: «El derecho del hombre en la sociedad capitalista, no se basa en la unión del hombre con el hombre, sino más propiamente en la separación de los hombres. Es el derecho a esa separación, el derecho del individuo limitado a él mismo... Derecho al egoísmo... El hombre burgués, replegado en sí mismo, en sus intereses privados, en sus voluntades arbitrarias, en individuo separado de la comunidad...» Y además esto, extraído de *Die Heilige Familie*: «La esclavitud de la sociedad burguesa es, en apariencia, la más grande de las libertades porque aparenta representar la independencia total del individuo, que confunde su propia libertad con el movimiento sin freno...», etc.

Aplicando esta crítica de Marx a la mayor parte de intelectuales afectos a la burguesía, Rolland quería poner fin al equívoco y, a continuación de Marx, «separar vigorosamente el hombre real del «ser abstracto» para situarlo en el linde del reino de la «verdadera libertad» mostrándole, como él ha sabido hacerlo, la coexistencia o la coincidencia natural y lógica del comunismo con el humanismo». Pero el propio Rolland, en una réplica al escritor André Malraux (simpatizante soviético en 1934, convertido en 1939, durante la guerra, en uno de los ideólogos del movimiento político sometido bajo la égida de un dictador en potencia: el general De Gaulle) dijo que sería una pretensión insolente «acaparar para sí mismo, como un bien particular, este humanismo». El humanismo no empieza ciertamente con un determinado movimiento social-político, pero «continúa», pese a los obstáculos interpuestos por políticos y autoritarios, a través de todas las épocas de la historia universal. Reconocida queda la clarividencia de Romain Rolland en estas líneas: «Si humanismo verdad lo es el exacto sentido de lo humano, entero, consciente, la comunión de uno con todos, lo fué ya la aspiración, la esencia misma de los grandes ingenios del pasado. Beethoven, con Schiller, no aguardaron la era nueva para celebrar con la *Oda a la Alegría* y la *Novena Sinfonía*, esta «grandeza de la unión de los hombres, ese «sentido de la viril fraternidad» cuya aurora Malraux hoy cree saludar...»

Cuando Rolland habla de realización cumplida y sana de una sociedad socialista, en ese «dudar de Occidente» atribuye sus tanteos y sus errores durante largos años al hecho del desconocimiento de la verdadera sociedad socialista». Y añade, entre paréntesis, una verdad simple y no obstante incontrovertible: «¡Cuántos socialistas la desconocen igualmente!» Es toda una explicación, trágica por lo que implica. Y porque los marxistas, los leninistas y los stalinianos no han realizado en la U.R.S.S. ni en parte alguna su sociedad socialista, antes al contrario, Estados tan autoritarios y tendenciosamente totalitarios como los Estados burgueses, democráticos, capitalistas, etc., Rolland, sin vacilar, se separa de la concepción estatal del socialismo cuando escribe: «La verdadera sociedad socialista no es o no será otra cosa que el orden edificado mediante la cooperación y la armonía de las libres fuerzas individuales» (2). Esta fórmula puede ser aceptada por todo socialista libertario, por los anarquistas, los humanistas, por los trabajadores manuales e intelectuales que ven claro en los peligros del socialismo de Estado. Este, bajo diversas máscaras democráticas o revolucionarias, no es otra cosa que un capitalismo estatal dirigido por un partido político contra los intereses individuales y universalmente humanos (3).

(1) Un volumen de 700 págs., aparecido en París merced a los amigos de Voline (seudónimo de Vsevolod Mikailovitch Eichenbaum, 1882-1945.)

(2) Página LXII de «Quince años de combate», 1934.

(3) A este respecto léanse los importantes ensayos de Max Nettlau: «Socialismo autoritario y socialismo libertario», edición Guilda de Amigos del Libro, Toulouse 1946.

Este instinto depurado de la libertad personal que no ignora sus deberes para con la realidad de la comunidad humana, es demasiado evidente en la obra y en la acción de Rolland, y por la cual se afirmó finalmente a pesar de su solidaridad con lo que llamó Revolución Rusa, la Patria del Proletariado, o simplemente la U.R.S.S. ¿Tuvo Rolland necesidad de rebuscar, en los textos de los padres del neodogmatismo socialista o comunista, argumentos en favor de la libertad? «El libre desenvolvimiento de cada uno es la condición del libre desenvolvimiento de todos.» Esta especie de aforismo no corresponde a un moralista o a un filósofo confortablemente instalado en su concepción abstracta; el tal procede del propio Marx, el hegeliano, el dogmático sediento de poder político que ha trastornado el mundo en nombre de un ideal de justicia y de libertad. Podría decirse de su aforismo que es un homenaje que el vicio rinde a la virtud.

Mas, aparece que el testimonio de Marx no le basta a Rolland. Para demostrar que no existe antagonismo alguno entre el individuo y la comunidad, cita ahora a Stalin, el cual, en su conferencia (4) con el célebre escritor inglés H. G. Wells (el autor de *Bosquejo de Historia Universal*) dijo «para calmar sus inquietudes de pequeño burgués», eso que sigue: «No existe, no puede existir antagonismo entre los intereses del individuo y los de la colectividad... Unos y otros deben ser conciliados... Solamente la sociedad socialista puede tener en cuenta, en amplia medida, esos intereses individuales. Mucho mejor que cualquier otro sistema, la sociedad socialista representa la sola garantía sólida para la defensa de los intereses del individuo.»

Que el que lanzara desde su heroica soledad moral la *Declaración de Independencia del Espíritu* utilizara para defender su tesis las declaraciones forjadas de un jefe político que impera desde lo alto de su autocracia policiaca y militar sobre la sexta parte de la tierra, eso nos parece inverosímil y extraordinariamente penoso; pues es evidente en demasía que estas mismas palabras, pronunciadas por un desconocido, por un hombre de la calle, honesto y sincero, son verídicas por su contenido, por su significación lógica y humana a la vez. Pero el hombre de la calle que piensa y juzga por sí mismo, sin idolatrar política, sin el pánico del sujeto que tiembla ante el amo, sabe bien (y Rolland debía saberlo mejor que muchos otros) que las palabras de Stalin, en su fondo provechosas, carecen de todo valor moral. Si la declaración del bolchevique máximo no expresa cinismo, sarcasmo, desvergüenza, ante un extranjero que trasladaría su «criterio» al Occidente, entonces es que se trató, simplemente, de una mentira, de una horrible mentira envuelta en la dorada hoja del buen sentido, de la armonía social que implica todo lo que realmente no existe bajo el régimen absolutista de Stalin y su partido: la libertad individual, la justicia humana, la tolerancia, la ayuda mutua y espontánea, la paz interior, el bienestar de todos los trabajadores. En concreto, que no existe la verdadera «sociedad socialista» que Stalin glorificó ante Wells, puesto que el zar proletario del Kremlin y sus partidarios han desnaturalizado la concepción de la «sociedad socialista», igual que han asfixiado, con Lenin y sus acólitos, la verdadera Revolución social desde sus primeras tentativas. Los hechos históricos son demasiado conocidos por los hombres de buena fe, y a pesar de las montañas de falsificaciones y de las calumnias sistemáticas, la gran verdad resiste y rasga las tinieblas; y ella empuja por todo hacia la luz del día; y esa verdad terminará por vencer a la fuerza absolutista que, de dogmática y al servicio de un partido de privilegiados, háse

convertido en arbitraria, ferozmente opresora de los individuos y los pueblos que este absolutismo bolchevique pretende haber liberado.

¿Cómo fué posible el arraigo del stalinismo? Abramos nuevamente *La Revolución Inconocida* de Volin, autor que conoció mejor los secretos de la Revolución rusa, puesto que luchó por ella y contra los bolcheviques aprovechadores del sacrificio ajeno. Volin conoció las realidades profundas de aquel acontecimiento, mejor que Rolland, quien, desde su puesto de vigilancia de Villeneuve, vió la Revolución a través de una aureola idealista y «sub speciel aeternitatis». Leemos en la página 389 del libro de Volin: «Stalin ha traicionado la Revolución...» Así, simplemente, demasiado simple para explicar lo que sea. No obstante, la explicación viene indicadísima: «El stalinismo fué la consecuencia natural de la quiebra de la verdadera Revolución y no a la inversa; y la quiebra de la Revolución fué el término natural de la falsa ruta por la que el bolchevismo la hizo entrar. Dicho de otra manera: fué la degeneración de la Revolución extraviada, perdida, que trajo a Stalin, no siendo Stalin quien hizo degenerar a la Revolución...» Para mejor comprender esta afirmación en apariencia desconcertante, leamos de esta obra, en sus páginas 321-22: «Stalin no cayó de la luna. Stalin y el stalinismo no son más que las consecuencias lógicas de una evolución prealable, preparatoria, ella misma resultado de un terrible extravío, de una desviación nefasta de la Revolución. Fueron Lenin y Trotsky, es decir, su sistema, quienes le prepararon el terreno a Stalin; ¡Aviso a cuántos, habiendo sostenido a Lenin, Trotsky y consortes, hoy fulminan rayos contra Stalin: actualmente cosechan el fruto de lo que sembraron!» Para concluir, Volin cita a su vez estas palabras de un compañero: «He aquí unos hechos que demuestran la eterna monstruosidad autoritaria. Consigan ellos hacer retroceder asustados a quienes se aventuraron ciegamente por la senda de la Dictadura, aunque fuera en nombre del más sublime ideal o de la más lógica fórmula sociológica.»

Después de esta aclaración, tan necesaria en lo que concierne al «stalinismo», pudiérase suponer que Rolland, al citar a Stalin, quiso también llegar a ciertas conclusiones, de carácter cultural. En efecto, el autor añade que lo que Stalin dijo a propósito de los «intereses» del individuo y los de la colectividad, habría podido decirlo de las «ideas». Pero es Rolland quien se ocupa de esto. «La cultura individualista, ceñida y debilitada, alimentada artificiosamente en la estrechez del orden burgués, de la vieja sociedad de Occidente, recobra vida «trasplantándose en la fértil tierra proletaria». El árbol de la cultura, a partir de aquí enraiza en la substancia de millones de seres. Crece y abarca. Y refiriéndose a algunos aniversarios en Moscú celebrados (el milenario del poeta persa Firdonzé, el 750 aniversario de Roustavelli, poeta de Georgia), Rolland reproduce estas orgullosas y excesivas palabras de Enoukidze, representante del gobierno soviético: «Nosotros totalizamos cuanto ha sido creado de superior, en su desarrollo, por el pensamiento y la cultura rumana; pues, construyendo una nueva sociedad socialista, resultamos herederos directos de las mejores conquistas del saber y de la cultura humana.»

Más modestamente, Rolland ve en ello una victoria de «nuestros ensueños de toda la vida, los ensueños de universalismo o de nuestro espíritu... De las necrópolis del pasado, en donde permanecían embalsamados como momias, despiertan al contacto con la vida nueva». Si ello ocurrió en «dominios de los bárbaros», al «orden nuevo» Rolland lo habrá loado con el deseo de servirlo con la aportación de su inteligencia y su ingenio. El camino de su vida lo halla sombrío y sembrado de obstáculos; frecuentemente se ha maltratado: «cayendo o perdiéndome, levantándome y reemprendiendo obstinadamente la marcha; así he llegado al mundo nuevo». En este punto repite cual siempre fué su

(4) Del 23 de julio 1934 y publicado en la «Correspondencia Internacional», 27 octubre 1934.

divisa: Que el espíritu libre sea el fermento de los pueblos libres.

Es por esta confesión que termina el *Panorama* de sus *Quince años de combate*, en 1934, y los que permanecemos en pie estamos lejos, muy lejos de esas «Repúblicas socialistas universales» en las que «la unión impondrá la paz al mundo, y en definitivo ambiente de alegría, abrirá al trabajo humano un campo de progreso ilimitado».

Rolland conocía esto cuando, comentando las palabras de Stalin arriba citadas (¡y a tal punto hipócritas!): «No existe, no puede existir antagonismo entre los intereses del individuo y los de la colectividad», etcétera, dijo la misma cosa en lo que se refiere a las ideas. Es aquí que reside el secreto de la tragedia humana: el antagonismo entre las «ideas» que ocultan, bajo una esplendorosa beldad idealista, la ferocidad de unos intereses egoístas de los individuos,

de los clanes, de las castas, de las clases, de los partidos, de los Estados. Para realizar los «ensueños de universalismo espiritual», para efectuar esta «unión de repúblicas universales que impondrá la paz al mundo», conviene, ante todo, llegar a la mútua comprensión de las ideas que pretenden servir al progreso ilimitado del trabajo humano. Precisaré también reducir los sangrientos antagonismos entre los intereses egocentristas o partidarios, y, para empezar, habrá una diversidad de «ideologías» falsas, mentirosas, fuentes del odio y de la intolerancia que recurren, generalmente, al último recurso: el de la violencia; siendo así que la violencia, la fuerza armada, nada resuelve por motivar otra violencia, igual que la intolerancia suscita otra intolerancia.

(Continuará).

Eugen RELGIS.

Azte y Revolución



PARA ir delante de los hombres, es necesario ver más lejos que ellos, dijo un poeta. Ver más lejos, sentir más íntimamente las emociones de la vida que palpita en torno nuestro, descubrir los secretos de la naturaleza que, celosa, esconde al ojo y entendimiento inculto, hacer de la vida un himno y un culto musical a la sinfonía del color y la armonía del dibujo, tal pareciera ser en síntesis la clave misteriosa del artista. Enamorarse de la belleza en todas sus manifestaciones, humanizar las cosas que nos rodean, descubrir en cada persona que pasa a nuestro lado las intimidades del alma a través de la mirada y de la plasticidad, son condiciones exigidas por el arte. El artista ha de ser un poeta para abarcar el conjunto de la naturaleza desde un plano de armonías, desde la exuberancia a la lozanía y las formas, donde ha de imprimir el sello personal del ritmo y de la melodía. Cada objeto, cosa o expresión tienen su mundo propio e infinito. Alcanzar a adentrarse en él y hacerlo tan humano como su mentalidad lo permita es cualidad de todo gran arte.

Alguien preguntó qué es un poeta, habiéndosele respondido que era un hombre como todos los demás, pero que, aparte, hacía versos. Y dicese que Holbein, el favorito de Enrique VIII, teniendo que defenderse de cierto noble inglés que le molestaba en su trabajo, no acertó a utilizar otro recurso que echarle del estudio escalera abajo. Quejose el hombre al rey y éste, muy campanudamente le dijo, indignado: «Debes saber que de diez rústicos campesinos, puedo hacer diez nobles, pero de diez nobles no puedo hacer un pintor». En aquel entonces se tenía en cuenta que los artistas eran los verdaderos portaestandartes del progreso y de la cultura de los pueblos: a uno solo de ellos, dice un

escritor, los países debieron más fama que a todos los financieros y hombres públicos en conjunto.

Si admiramos las civilizaciones griega, persa, egipcia, el renacimiento es, ante todo, por el acervo artístico que nos han dejado y no por la opulencia de sus magnates, de sus esclavócratas y verdugos. Las páginas de la historia, en lo que tienen de más íntimo, fueron acaparadas por el arte, que es filosofía y poesía, música y arquitectura juntas. Si la humanidad no contara con este acervo estaría en las cavernas. Los pueblos cultos de la historia lo son por las inquietudes espirituales. Expurguemos a la vieja Alemania de sus músicos, pintores y filósofos y quedará de ella el «sudario frío» de la noche y de la muerte, el caos, donde la figura del hombre se despedazaría a dentelladas cual los animales prehistóricos.

Todo arte es el producto de una gran voluntad puesto al servicio de una gran pasión. El aprendizaje es interminable y debe ejecutarse con ardor, poniendo el alma en todas las formas, expresiones y colores. Pocas son las personas, dentro del inmenso conjunto humano, que se destacan por esta condición, y máxime en los tiempos modernos en que la vida social está mediatizada por el salvaje materialismo que todo lo subyuga y somete a la feroz ley del interés. Sólo la voluntad firme e inquebrantable de proseguir, de ir adelante, pese a todo, puede conducir al triunfo, que es sencilla y humilde satisfacción personal. La humanidad admira la gloria de los grandes hombres, pero escapa a su pobre inteligencia el cúmulo de esfuerzos, de renunciaciones, de peripecias y sacrificios que ese ficticio triunfo ha costado. Solamente el artista que lleva en su rostro la marca inconfundible de la lucha y en su cerebro el mundo de sinsabores puestos en la obra, alcanza a medir y valorar una labor truncada e insatisfecha que ha devo-

**

rado sueños y esperanzas. Lo demás no cuenta desde el punto de vista colectivo, salvo el cumplimiento de su deber como persona, que condujo su capacidad física e intelectual a un ejercicio plasmado en arte, para que la naturaleza sea más asequible a la mirada común y para que el hombre, frente al descubrimiento del arte, sea un poco más condescendiente con sus semejantes, aplacando sus impulsos animales, obedeciendo al raciocinio, sólo por el cual la vida de relación es más fraterna y moralmente bella.

La pasión en arte ha de ser un ideal. La historia artística tiene figuras singulares y universales que de ella hicieron profesión de fe. Goya, por ejemplo, fué pastor en sus primeros años juveniles. Más cerca de nosotros, para mencionar otro español, Sorolla, a los quince años era herrero. Y ¡quién diría que sus manos, callosas por la maza y la tenaza, podrían volverse delicadas y ágiles hasta domar el lápiz, la paleta y el pincel! Dejó la fragua, estudió, aprendió y venció, lentamente, sí, porque hacer, además del esfuerzo que supone aprender la carrera de pintor, otro esfuerzo aún más grande fué el de emprender su camino. De la fragua, dominando la académica rutina de España, prolongó sus estudios hasta llegar a Roma. Y esa base le sirvió de gramática, que más tarde olvidó, para revolucionar la pintura y plasmar su personalidad dentro de la historia del arte contemporáneo. Lo mismo podemos decir, refiriéndonos al papel que desempeña la voluntad en la construcción de la obra de arte, del poeta César Vallejo con el que estamos tratando, conversando y discutiendo su obra. Sus contemporáneos le recomendaban que tragara sus propios versos porque eran un insulto a las formas y a la poesía; se hiciera enlazar y luego se tendiera sobre los durmientes del ferrocarril para que, al pasar el tren, le hiciera polvo. Y César Vallejo es hoy una gloria de las letras, no peruanas solamente, sino universales.

Una ley inflexible y fría impone su despiadada rigidez para el difícil aprendizaje y elaboración de la obra de arte, en un sufrimiento perpetuo. Las dudas y angustias de todos los artistas son satisfacciones únicas que el destino reserva a los que luchan y buscan el ideal del arte, en los mil problemas que presenta. Para seguir adelante, sólo los sanos, los fuertes de cuerpo y de alma, atraviesan la vida sin contaminarse, inspirados por la agitación nerviosa de vencer. En cualquier otro campo de la actividad intelectual, las soluciones se expresan con el auxilio de la especulación. La disciplina artística, aparte del renunciamento personal utilitario, nunca permite una conclusión definitiva. Dicese que

Miguel Angel, al terminar su David, le dió un martillazo y le gritó: «¿Por qué no hablas?» Sin embargo, este coloso del Renacimiento ni aun entonces, habiendo dado fin a una obra de tales proporciones y condiciones, cejó en perfeccionarse siempre más y mejor. Y cuando el poema de su gigantesca e inmensa labor de tanta influencia en el universo, al notarlo cansado, cerró delicada y mansamente los párpados de sus ojos quemados por la fiebre del ideal, continuaba aprendiendo. Igual le ocurrió al polígrafo español Menéndez y Pelayo, cuyas últimas palabras antes de expirar fueron para lamentarse de dejar tanto libro interesante y bueno por leer.

El arte no busca sólo presentar lo bello dentro de la belleza pura como Pedro Henríquez Ureña aspiraba a que fuera el verso, sino que busca también la verdad dentro del mundo estético. De ahí las grandes sacudidas que dominaron la cerviz de los maestros, en una eterna lucha que ocupó su vida total. Y lo mismo que los poetas, tratan de vivir una existencia propia, sin disfraces ni ridiculeces. Tratando de pintar, gozando todas las formas, «ébrios de luz, ricos de auroras», como dijo el gran lusitano, ven la vida a través del color, cantando a la naturaleza en un himno inmenso al sol. La historia del hombre está plagada de mentiras, que no fábulas artificiales. El artista considera que estamos lejos del tiempo en que los hombres hacen revoluciones obedeciendo al culto de la fuerza. En la edad contemporánea, las revoluciones ya no podrán desarrollarse eficazmente con uso de la acción exterior, sino mediante el auxilio de la voluntad interior. Hasta aquí, de tropiezo en tropiezo, los hombres se han matado por hacer entender a otros ciertas reglas y leyes de convivencia, y de ahí los crueles martirios sangrientos, por imponer un capricho que ha costado tantos sufrimientos. El arte entiende que no hay disciplina superior a la que se impone uno mismo. En materia de arte, igual que en otras aplicaciones intelectuales, el sacrificio de rendimientos positivos es el consagrado a una actividad de beneficio común. Los artistas son los «verdaderos conductores de almas que con su genio orientan al pensamiento humano; son siempre los que dirigen el espíritu con sus entusiasmos y aspiraciones». El arte nos eleva «y nos arranca de la vida material, llevándonos sobre sus alas doradas hacia una vida superior, a las regiones del olvido, apartándonos de lo trivial y material», preparándonos una existencia de goces y sensaciones inefables, sólo reservadas a los grandes espíritus.

CAMPIO CARPIO



NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

UNA OPINION DE Fernand PLANCHE

Interesado por el éxito del III Certámen Socialista organizado por nuestro colega «CNT» de Toulouse y mantenido por la Comisión de Relaciones Internacionales Anarquistas (C.R.I.A.), el culto escritor

Queridos compañeros:

Este escrito no tiene por fin participar en el Certámen. No obstante, encuentro vuestra iniciativa lo suficientemente laudable para no haceros partícipes de mis observaciones recogidas durante dos años de mi permanencia en los antípodas. Estimo que una oficina de correspondencia permanente debería asegurar la ligazón entre los compañeros diseminados por todo lo ancho del mundo.

Sobre el plan doctrinal no existe decadencia en el anarquismo. Ni revisión alguna a acometer. La doctrina está en su punto. Solamente que nuestra impotencia práctica nos induce a la crítica y a veces a la querrela. El descorazonamiento de algunos y el abandono total de otros, no tienen otro motivo.

Las dos guerras mundiales no han sido, ciertamente, factores de avance de las ideas sociales. Diez años de guerra en una generación es más de lo que se precisa para que esta generación sea perdida. Ello concreta un decenio en el que las libertades adquiridas fueron suspendidas. Diez años durante los cuales los jóvenes, en lugar de una educación progresista recibieron una preparación guerrera, una educación de odio en la que las nociones de clase desaparecieron en provecho de las nociones de patria. Por lo demás, esta regresión distó mucho de cesar con el término de la guerra. Los supervivientes, devueltos a sus hogares, son millones y millones de apesadumbrados que recuerdan haber sido prisioneros y maltratados en los campos alambrados, por otros soldados como ellos proletarios. De estos sufrimientos los que los soportaron pueden aportar nombres poseen recuerdos precisos, y cicatrices marcadas en su carne, siendo difícil—lo concebimos—hacerles admitir una fraternidad con sus verdugos de ayer. El razonamiento más lógico que pueda resultarle al mundo, no conseguirá borrar de un solo golpe el recuerdo de los campos de concentración y exterminio, sobre todo si el ruego va dirigido a alguien que haya perdido uno o varios miembros de su familia en cautiverio de guerra.

Sobre el estancamiento doctrinal y las dificultades del proselitismo, no hay lugar a queja. Tenemos enfrente el mito de la revolución rusa y en contra

francés Fernand Planché ha tenido la amabilidad de dirigirnos directamente sus impresiones que trasladamos, seguidamente, a la curiosidad y al análisis de nuestros amigos lectores:

nuestra sus medios extraordinariamente potentes de propaganda. Cuando nosotros disponemos de diez ochavos los bolcheviques disponen de un millón de rublos, no siendo ello combatir con armas iguales. Ellos disponen de un ejército de funcionarios, en su mayor parte pagados por los gobiernos burgueses merced al juego del parlamentarismo, lo cual, por así decirlo, ocurre en todos los países del mundo. Además las narraciones de Castro Delgado y El Campesino, habrían hecho estremecer de horror a la clase obrera, determinando una repulsa general. Si los hechos denunciados hubiesen acontecido hace 30 o 40 años. Hoy, esta suerte de crueldades se pueden suceder merced a la indiferencia casi total del proletariado.

En estas condiciones, considero que ya es gaje mantener las posiciones adquiridas, no habiendo, por tanto, motivo de queja. Ciertamente quisiera, como todos los compañeros, ver al movimiento libertario avanzar a pasos de gigante. Pero, entre el ensueño y la realidad, frecuentemente media un abismo.

El problema es más profundo de lo que generalmente se cree, y al propio tiempo más simple. Generalmente, los militantes viven ilusionados. Llegan a creer, porque editan un periódico lleno de lógica, porque un congreso tomó decisiones viriles, porque un centro funciona con arranque casi satisfactorio, que todo lo conseguirán estremecer. Para darse cuenta de que esa inclinación es presuntuosa, precisa observar que el semanario no cuenta sino con unos miles de lectores, que el congreso reúne a una élite de un centenar de militantes, que las decisiones no valen si no se consiguen hacerlas admitir por una fracción del mundo del trabajo.

Ahora bien; un proletariado puede dejarse entusiasmar por un discurso, por un artículo periodístico, por un número especial de periódico. Pero quince días después el indicado ya estará frío o quizás se volverá a disparar de nervios en favor de la tesis vocinglera de una publicación diversa. Y es que el trabajador por regla general carece de educación social definida, siendo por ello arrastrado por el acontecimiento de turno. La educación que preferimos es larga de adquirir y el individuo no puede conseguirla no disponiendo de una amistad que lo

guie, le explique, le haga leer y que por su derecha y sus ejemplos sepa captar enteramente su confianza. Táctica simple, táctica de largo alcance, pero única en efectos eficaces.

Viviendo entre nosotros nos apartamos un poco de la realidad, puesto que nos desenvolvemos en un medio en avance de una o dos generaciones con respecto a la masa propiamente dicha, masa a la que erróneamente tendemos a considerar mucho más evolucionada de lo que en realidad lo es. Si nos equivocamos ya con referencia a las masas relativamente evolucionadas de Europa occidental, ¿qué decir de los pueblos de otros continentes?

Yo he visto en Cristóbal, en un restaurante donde tomaba mi desayuno, entrar a un pobre hombre que se preparaba para hacer alguna gracia, sin duda para coleccionar entre los clientes y conseguir unos dineros. Apenas empezada su pequeña farsa, un agente de policía entró, y matraca en mano (aquí los agentes llevan revólver, bastón y matraca en la cintura) y el infeliz—que tenía aspecto de ser joven y obrero—se precipitó alocado hacia la puerta protegiéndose la faz con ambas manos. Esta escena es muy explícita sobre el estado de abatimiento de la clase obrera de este país.

Algunos compañeros que han permanecido en el Brasil, en el Perú, en Chile, Paraguay, Indochina, Indonesia, Islas de la Reunión, Colombia, etc., hanme relatado las condiciones de existencia de los trabajadores de esos países. Es algo deplorable. A veces el bracero es una verdadera bestia de carga, no llevándole el obrero mucha ventaja. Para saltar de su misera condición social al ideal anarquista, existe, como se ve, un vado inmenso difícil de franquear.

Yo resido en Nueva Caledonia desde hace veinte meses. Hubo aquí millares de deportados de la Commune. Tras la amnistía de 1880, algunos centenares de entre ellos permanecieron y echaron raíces. Varios anarquistas fueron asimismo residenciados a estas tierras durante el período terrorista, y enraizaron igualmente. Estaríamos, pues, en derecho de considerar que debe quedar óptimo rastro de todos ellos. Desgraciadamente, nada queda del recuerdo de aquellos hombres e ideas.

Aquí un idealista se equivale a un fenómeno. Tal mi caso. Bien existe una pequeña oposición, pero en el plano electoral solamente; algo así como el radicalismo, o el socialismo actual (S.F.I.O.) Partido, no hay ninguno, ni el staliniano, con lo cual queda dicho todo. Jamás se publica un manifiesto, se da una reunión, se pega un pasquín, se celebra una manifestación por incipiente que sea. Existe, sí, un periódico de oposición, un bisemanal impreso a roneotipo y tirado a 4 o a 6 páginas. Desde la primera semana de mi llegada que colaboro en esa publicación así de modesta, y nunca me han censurado las cuartillas, lo que permite escribir sin preocupaciones cohibitivas. No obstante esa libertad, carezco de posibilidad para publicar estudios puramente anarquistas, no por imposición, sino porque sería absolutamente incomprendido. En consecuencia, me limito a denunciar irregularidades y a criticar los desmanes de los dueños de la isla. He dicho dueños y he dicho bien. A través de mis escritos aventuro por aquí y por allá ciertas comparaciones con el anarquismo, lo cual es suficiente para que sea catalogado cual fenómeno. Y aun debo el poder escribir con semejante desenvoltura, a mi condición de artesano independiente. Si fuese un asalariado, esta labor no estaría a mi alcance

realizarla. Casi doy por seguro que de depender de un salario el trabajo me sería negado en todas partes.

Los negros están prácticamente en manos de los curas desde la instalación de los europeos en la isla. Pocos de entre ellos hay que no sean católicos o protestantes; pero firmemente, y a veces ferozmente. Para conducirlos de su estado de prostración religiosa al nuestro esencialmente contrario, hay que salvar una inmensa lejanía. Y no desespere, sin embargo, de conseguir buenos resultados; pero se precisa ir a éstos progresivamente, inspirar confianza, ser paciente; convendría también ser numerosos en la prédica irreligiosa, ya que los sacerdotes están diseminados por todas partes en esta extensión isleña de 475 kilómetros, teniendo además el relevo asegurado. El cura parte o fallece, y otro lo reemplaza. Pero cuando Luisa Michel se fué, nadie vino a ocupar su plaza de propagandista. En este caso la idea sufre una parada en seco y provisionalmente se extingue. En Nueva Caledonia no he visto traza de nuestras ideas, ni tampoco en Tahiti, donde se danza y se canta, a menudo en andrajos; pero la temperatura es clemente y nadie se preocupa mucho de los que expresen el país y pilotan suntuosos coches americanos. Aquí y en Nuevas Hébridas ocurre lo mismo, pudiéndose creer que en todas las colonias oceánicas las cosas se manifiestan de parecida manera. Es decir, que no hay que ver el mundo según la imagen de París, Toulouse y otros grandes centros con los que, desde el punto de vista del pensamiento, registraremos un atraso acentuado.

No obstante, ese fenómeno de desintegración moral ocurre a pesar de haber emigrado, numerosos, anarquistas, hacia las islas oceánicas. Cada año llegaban y aún siguen llegando en número apreciable. Una vez aquí, ¿han hecho algo? En absoluto. Se han dejado llevar por la vida fácil, habida cuenta de que las necesidades son pocas. El apremio de la calefacción no existe; el vestir se reduce a un pantalón de verano y a una camiseta, en perímetro urbano; pero en el interior de las islas durante la mayor parte del tiempo la gente se muestra en torso y pies desnudos. El pescado es de una abundancia prodigiosa, como los ciervos, como las frutas. Una casa vieja, una cochinería y un gallinero, sin ninguna tentación por lo superfluo o por los espectáculos cual se resiente en Europa, y el individuo puede vivir sin preocupaciones. Solamente Numea y Papeeté se parecen, y aun muy poco, a las poblaciones europeas. Prácticamente, nada he visto por aquí en vagabundos y mendigos. Tan acomodaticia es la costumbre, tan pegadizo el clima, que el anarquista viene a perderse para la causa. Bien que permanezca abonado a algunas de nuestras publicaciones; pero para la propaganda activa es como farol apagado. La descendencia de los idealistas, cuando la han tenido, jira en torno del eje burgués, y puedo decir esto por conocer a numerosos descendientes de «comunards» que en nada se distinguen de la gente vulgar. Lo único que a veces persiste en ellos es la despreocupación religiosa, pero sin deseo alguno de propagar este sentir que llevan en la sangre más que en la conciencia. Ninguna sección libre-pensadora existe, si bien espero fundar una. He aquí la situación.

Hay que añadir ese detalle: aquí los funcionarios son reyes percibiendo importantes emolumentos. Por ejemplo, un obrero gana 7.000 francos mensua-

les término medio y el gendarme de 22 a 24.000 (el franco isleño equivale a 5,50 del de París). El segundo está magníficamente alojado y vestido, viaja gratis en ida y vuelta con toda su familia; disfruta de vacaciones de seis meses cada tres años (diez meses contando el viaje marítimo de cuatro que importa ir y venir de la metrópoli). Sin privarse de nada, este funcionario ahorra un millón de francos parisienses. Su trabajo consiste particularmente en cambiar permisos de conducir, tramitar otras papelerías y dictar contravenciones a los indígenas que ingieren vino y a los individuos que se lo venden; los cual, por otra parte, no impide que todos los naturales lo beban y que en general todos los establecimientos de bebidas se lo vendan (a precios abusivos, ni que decir tiene). El gendarme no halla muchas ocasiones para arrestar a los almacenistas delincuentes...

Los profesores podrían producir un bien inmenso; pero saben que de hacerlo arriesgan perder su plaza. Entonces, aunque más modestamente que los gendarmes, imitan a éstos en la tarea de amontonar dinero.

Para los funcionarios más altos que el gendarme y el maestro, clientes de primera en todas partes, sin obviar el «paquebot» ni el avión, el problema que a nosotros interesa no reza para ellos, ni a nosotros se nos ocurre que puedan prestarnos el más leve concurso.

Así las cosas, sobre el plan social la situación perdura y no cambiará sino al favor de un profundo cambio que se operara en la metrópoli.

Una Compañía posee 80.000 hectáreas de tierra en las cuales bien poca cosa hace, y otras disponen de 60 a 80.000 hectáreas de suelo minero de las que sólo están en explotación 2.000. Aún otra gran sociedad es propietaria de 70.000 hectáreas y no sé cuantas de terreno apto para minería, en las mismas condiciones de abandono. Siguen como unos veinte propietarios algo menos importantes en volumen de tierras, y luego no queda casi nada. En los alrededores de Numea y de Papeeté una área de tierra cuesta alrededor de 140.000 fr. de París.

Pues bien; hace menos de un siglo que en Nueva Caledonia estos terrenos fueron cedidos gratuitamente (a veces 20.000 hectáreas de una sola vez) a unos prepropietarios que no habían sido los primeros en llegar... Sin haber mejorado esas tierras, calcúlese lo que sus descendientes han aumentado su fortuna con el encarecimiento gradual de las mismas. La primera medida de un movimiento revolucionario debe consistir en la liberación pura y simple de estos bienes y los de la Iglesia «adquiridos» en las mismas condiciones.

Sobre otras colonias (Senegal, Camerón, Togo, etcétera), no poseo datos fidedignos; pero estoy persuadido de que más o menos las cosas se han desarrollado de igual manera. En la Martinica y en Guadalupe he constatado las mismas circunstancias colonialistas que en las islas de los mares del Sud.

Pienso, queridos compañeros, que habré conseguido interesaros, y deseo que sean muchos los amigos que se encuentren en mi caso. Así es que termino diciéndoos (y contad con que no soy un pesimista nato, antes lo contrario): Sed prudentes en vuestras esperanzas por lo inmediato para no sufrir crueles desilusiones. El magnífico movimiento español es único entre los movimientos revolucionarios habidos en el mundo. No seamos ofuscados por él cuando proyectemos el porvenir, ni nos decepcionemos cuando recapacitemos sobre nuestra situación presente, al extremo de deplorar el magro lugar que ocupamos. Ni ilusos ni pesimistas; en una palabra: seamos objetivos teniendo en cuenta las realidades más que los ensueños. De esta manera seremos fuertes y no nos acusaremos irreflexivamente unos a otros de ser los responsables del estado de nuestros efectivos y de nuestras imposibilidades.

Fraternalmente a todos:

Fernand PLANCHE

Numea (Nueva Caledonia).



EL CENIT Y EL HOMBRE

CENIT = Camino derecho. Punto del firmamento situado encima de la cabeza, en la dirección de la vertical sobre el punto de observación. Fig. El más alto grado al que uno puede llegar. Al punto opuesto del Cénit se le denomina NADIR.

NADIR = (palabra árabe). El punto del firmamento que se encuentra bajo la vertical del observador y directamente a continuación de sus pies. El punto diametralmente opuesto al Nadir, se le denomina Cénit.

Ampliación: A dos personas situadas respectivamente en dos puntos opuestos del planeta Tierra se les llama *antipodas*; dicho con propiedad: los pies opuestos, y con más propiedad todavía, las cabezas opuestas.

Esta idea tan sencilla en la actualidad y tan fácil de comprender, ha tenido que sostenerla el hombre con tenacidad hasta hacerla admisible. Colón y otros navegantes tuvieron grandes dificultades para demostrarla, y no fué admitida hasta que se navegó alrededor del mundo volviendo al punto de salida por el rumbo contrario. Se desconocía la fuerza de atracción de los astros y, por tanto, no se podía comprender que la gente caminase sobre la Tierra cabeza abajo.

El hecho de los antipodas y los conceptos Cénit y Nadir se prestan a observaciones muy curiosas.

Dos hombres situados de pie en los dos polos terrestres darían una vuelta sobre sí mismos en 24 horas. Es decir, que girarían sobre su propio eje a la mitad de la velocidad que las saetas de los relojes de 12 horas, o a una velocidad igual que los relojes modernos que tienen marcadas, y ellos señalan las 24 horas en que se divide el día completo con su noche.

Si además de los hombres se fijaban en los polos dos postes de unos cuantos kilómetros de altura, no creáis que estarían inmóviles, pues los numerosos movimientos de que está dotada la Tierra les haría cambiar su puntería constantemente, pero no tanto como los postes que pudiéramos colocar en otros puntos de nuestro planeta, especialmente en el Ecuador. Estos postes, proyectarían su silueta sobre el fondo luminoso de las estrellas con una combinación de movimientos asombrosa, como si todos los vientos les agitasen, como si todos los temblores de tierra les dedicasen sus energías variadas y al parecer incoherentes.

Para darse cuenta de la movilidad de la Tierra en el espacio, no hay como colocarse en un valle estrecho, en una de esas canales rocosas que abren los ríos en las regiones montañosas, desde cuyo fondo se ve tan sólo una cinta del Universo estrellado, y desde luego el Cénit a plomo sobre nuestra cabeza. También existe una visión sideral interesante desde el fondo de un pozo profundo. Las estrellas, en uno y otro caso parecen todas errantes, como si una combinación de vientos las arrastrase hacia el infinito. Además, desde el fondo de los pozos que dan entrada a las minas, se ve siempre la estrella que determina el lugar de nuestro Cénit, y que nunca es la misma. Yo las he visto, yo las he hecho prisioneras por unos momentos en el azogue de un espejo puesto horizontalmente en el fondo del pozo, o,

a falta de espejo, con una vasija, un plato basta, llenos de agua la una o el otro, y mejor si el agua es turbia, que es cuando los reflejos son más fijos, podríamos decir más astronómicos.

Ampliemos la visión y digamos, que en este mundo traidor y miserable, sórdido e injusto, todos poseemos algo, y algo importantísimo; una estrella lejana sobre nuestra cabeza que se releva con otra cada minuto. Nuestro Cénit. Queramos o no queramos. Quieran o no quieran nuestros adversarios, nuestros jefes, o nuestros maestros. Este tesoro no hay quien nos lo quite ni quien nos lo niegue porque tenemos tanto como él. He aquí una verdad universal indiscutible; una igualdad innegable, una prerrogativa individual de equidad y de justicia que a todos, en absoluto, nos mide con el mismo rasero.

De otras igualdades podríamos hablar; la del derecho al aire y al sol, por ejemplo. La del derecho al agua, a la vida misma, a la libertad, a la simpatía y al amor... a admirar un paisaje o a escalar una montaña, a dormir, a hablar, ya que estamos dotados de este maravilloso medio de expresión. Y si queréis, finalmente, a leer y escribir.

Pues bien: todos sabéis mejor que yo que todas estas igualdades son ficticias, falsas, inasequibles, en todo o en parte. Fijáos que no he hablado de distracciones, recreos y esparcimientos ni de comodidades, ni lujos. He mencionado solamente lo estrictamente necesario para vivir. Pues ni eso es libre en el patrimonio colectivo. El hombre es simplemente un esclavo de de que nace; todo o casi todo le es impuesto, le es regaleado y medido a tenor de gustos o de conveniencias ajenas. Incluso muchas ideas que creemos propias nos son imbuídas lentamente y expresamos con ellas lo que conviene a otros y no a nosotros mismos. Las inspiraciones nacen muchas veces de lo que nos han hecho leer u oír. Y los sentimientos, que los creemos virgenes de contagio, nos los forjan, generalmente, especialis en la escultura espiritual, unos de buena fe y otros todo lo contrario.

Todo esto son observaciones de un viejo zorro que ha visto mil veces su Cénit desde el fondo de un pozo con ayuda de un espejito de bolsillo que llevaba especialmente para ello. Invitaba al espectáculo a personas de diferentes condiciones, y siempre les explicaba la misma lección: He allá arriba mi Cénit marcado en el espacio infinito con un punto de luz. He allí mi propiedad inviolable; mi propiedad errante que pasa en seguida a ser tuya, del otro o del de más allá, es decir, que, en realidad, es una propiedad colectiva. Son sucesivamente nuestras esas estrellas, como son sucesivamente nuestras las gotas de agua del mar y de los ríos, poco después de serlo también las gotas de la lluvia, las del rocío de la mañana o las flores del campo. Son dones que nos concede la Naturaleza a todos sin distinción y con ello nos iguala y unifica como en una gran familia. Los que viven siempre en plena luz y gozan de todas las comodidades no se dan cuenta ni disfrutan con este gran placer, pero los que trabajamos en la obscuridad, apreciamos en su verdadedro valor lo que significa ese ravo

vertical de luz que penetra en todos los pozos y en todos los lugares por sórdidos que sean, que es el Cénit, y nos conecta con la vida del Universo con todo el valor de su esplendor y de su grandeza.

En nuestros antípodas habrá otros mineros, seguramente, que también observarán y amarán su Cénit, que es el día metral al nuestro y que puede pasar a ser nuestro también mañana a esta misma hora. ¿Queréis ejemplo más evidente de armonía y de igualdad?

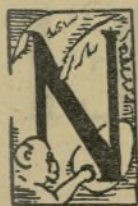
¿Queréis lección más clara de fraternidad? ¿Imagináis leyes más justas que las que rigen la Naturaleza?

Y lo triste es que el disfrute de esa Naturaleza está condicionado por los osados y los déspotas, que abusan de su

poder porque, ignorantes o malvados, creen que disminuyendo el bien de los otros acrecientan el suyo, y los lugares más bellos y salutariferos están atalayados por ellos. Pero los parias obligados, los desvalidos, los que nos hundimos en el suelo para arrancarle nuestro pan y el pan de nuestros hijos, aún poseemos algo para apoyarnos en la lucha contra la necesidad. Tenemos el Cénit, la línea vertical sobre nuestras cabezas que sube tan alta que el orgullo no la puede alcanzar. Lo que no han podido conseguir los hombres lo consiguen los astros, y éstos lo consiguen (aprendamos) sin estrépito y con calma, sin prisa, pero sin pausa, que es como avanzan las estrellas.

Alberto CARSI

PAUL DELESALLE, constructor del primer aparato cinematográfico



NO haremos un esbozo ni una biografía del compañero Delesalle, puesto que Maitron la tiene hecha y al parecer a punto de publicarse. El anarquista Delesalle es quien orientó y facilitó la tarea de Maitron, para escribir sus tesis de doctorado en letras. Murió vendiendo libros, es decir, pobre y anarquista.

Pertenecía al equipo de fundadores de las Bolsas de Trabajo con Pelloutier, Pouget, Pataud, Grifuelhes, Yvetot, Niel, etc., fundadores de la Confederación General del Trabajo.

Colaborador de «Temps Nouveaux» con Grave, Kropotkin, Reclus, Pierrot, etc., se definió como teórico del sindicalismo revolucionario.

— o —

Después de los sucesos de mayo de 1937, tocónos hacer una jira de actos públicos en Francia para desenmascarar la contrarrevolución comunista en España.

Aprovechando la oportunidad de tomar parte en un mitin en la «Mutualité», fuimos a saludar al viejo compañero, que no habíamos visto desde 1919. Le encontramos en su tienda, rue Monsieur-le-Prince, con su vieja y abnegada compañera Leona. Recordarlo, hoy, desaparecido, nobleza obliga a saludar a Tomás Herreros, pues significaron dos vidas paralelas, de consecuencia anarquista y de luchadores por la emancipación proletaria, y lo mismo se dedicaron a hacer proselitismo por el libro y con la pluma.

En la tienda de Delesalle se reunían elementos de las más diversas opiniones. Gustaban de discutir problemas filosóficos y sociales con el viejo mi-

litante de la C.G.T. Para ellos Delesalle era un consejero, y su buscador del libro o fecha oportuna para un trabajo concerniendo especialmente a la cuestión obrera. Era Delesalle muy íntegro, respetuoso y tolerante con todos los criterios e ideas.

Con Sorel llegaron a una profunda amistad, sin que por eso Delesalle aprobara las últimas evoluciones del teórico por excelencia del sindicalismo puro.

Dejó de militar activamente, como tantos otros en el movimiento obrero confederal y anarquista, cuando constató que en Francia la corriente individualista paralizaba el desarrollo de la Anarquía, y al ver cómo la organización sindical se inclinaba hacia el reformismo que condujo a la C.G.T. a una extrema posición colaboracionista que tanto había combatido en los albores de su constitución.

No proseguimos más en este terreno porque ya es suficiente para comprender que Delesalle, en su tienda, había constituido una pequeña «academia de discusiones filosóficas». Exactamente ocurría con Herreros, y ampliando un poco más diremos que con López.

Poco pudimos charlar de los sucesos que nos llevaron a París, porque enseguida la discusión se desvió hacia el carácter de la Revolución española en oposición a la Revolución rusa. Y luego, era natural, hablamos un poco de los problemas que nos acarrea el «Comité de no intervención» a dirección única.

Luego charlamos de los hermanos Lumière, por el hecho de que en Lyon habíamos visto a los Lumière presentar sus primeras películas de cinema mudo: No estrictamente las primeras, sino las que ya proyectaba la casa Gaumont.

Hablando de cine, Delesalle se reanimó como si lo ganara de nuevo la energía de un pasado leja-

no. Se nos separó unos momentos y vino con una carpeta abultada de notas y manuscritos. Nos dio esta:

«El 24 de enero de 1894, entré como obrero ajustador mecánico en los talleres del ingeniero Dorgnon, entonces establecido en la Nôtre Dame des Champs, París. Exactamente el 30 de junio 1895—mi carnet de notas en el cual ponía la naturaleza y las horas de trabajo atestiguan mi intervención en la construcción—el jefe de taller me llevó los planos, los azules, más exactamente, de un nuevo aparato. En ese carnet—que aún conservo—hay la mención siguiente: **Photo Krono**, 3 h. 1/2.

«En la citada época no se conocía todavía el trabajo a la cadena y se me encargó llevar los trabajos a su término, según los planes que me estaban confiados.

«Los azules sobre los cuales debía ejecutar mi trabajo llevaban esta indicación:

«**Aparato cronofotográfico de los Hermanos Lumière**».

«¿Por qué escribí en mi carnet, indistintamente, **Krono-Foto**, **cronógrafo** y **cinematógrafo**? La memoria se niega a fijarme sobre este extremo.

«Calculando las horas pasadas, pasé alrededor de 200 horas trabajando en la construcción del primer aparato cinematográfico, comprendidos el montaje, el ajustaje y el ensayo.

«La gran dificultad fué mayormente el corte de

los dientes de los rodillos de arrastre de la película. A pesar de las indicaciones debidamente observadas, la película se rompía a los tres o cuatro pases, y fué a fuerza de «rectificaciones», pero observando los estriados de más lejos, que pude llegar a un funcionamiento normal y satisfactorio.

«Añado que la película que me sirvió para las experiencias representaba una carrera de caballos.

«Es ese el primer aparato—después construí dos más—que fué presentado al público en un inmueble del Boulevard des Capucines, el 25 de diciembre de 1895.

«No se me invitó a esa demostración.»

Indudablemente, si Delesalle no hubiese sido en esa época un militante anarquista (durante el año 1895 fueron celebrados el Congreso de Nîmes (Bolsas de Trabajo) y el confederal de Limoges), hubiera sido uno de los invitados; pero Delesalle, muy conocido por sus actividades libertarias y por su actividad sindical, no interesó que constara como el primer auxiliar de los precursores del «cine». A más decir, poco le importaba codearse con los futuros explotadores de la pantalla animada. Con su habilidad e ingenio, había sido un colaborador anónimo, pero eficaz, en la propulsión del entonces llamado «arte mudo», y eso le dejaba satisfecho.

Bernardo POU

Vida intelectual de SERVET

Mi fin es el de hacer saber a toda España y las Américas latinas, quién era Servet y sobre todo a lo que fué debida su muerte desgraciada.

POMPEYO GENER.



El gran sabio Miguel Servet (alias) Revés, teólogo, fisiólogo, anatomista, geógrafo, astrónomo y poliglota, nació el día 29 de septiembre del año 1511, en Vilanova de Sixena (España), hijo de padres cristianos, familia en la cual había abades, doctores y en general gente de toga. En su pueblo sus padres le procuraron una educación e instrucción esmeradísima; desde su niñez ya dió pruebas de una gran comprensión.

Siendo casi un niño, avanzó en el estudio de las matemáticas, de la geografía y de la historia, distinguiéndose en el conocimiento de las lenguas antiguas.

A los catorce años, cuenta un biógrafo que ya sabía cuatro lenguas: la castellana, la latina, la griega y la hebrea; teniendo, además, idea clara de los principales sistemas filosóficos y de la teología escolástica. Estudió sus primeros años en Zaragoza y Barcelona, donde conoció al sabio Quintana, consejero del emperador Carlos V, y éste le enseñó a pensar libremente.

A los diecisiete años lo mandaron sus padres a la Universidad de Tolosa (Francia) para que estudiara Derecho. Allí fué donde, por primera vez, llegó a sus manos una Biblia traducida por el sabio judío español Cipriano de Valera. También fué en Tolosa donde se procuró los *Loci Theologici* de Melane Hon, que le confirmaron en su independencia intelectual.

A los dieciocho años, habiendo encontrado a su primer maestro, Juan de Quintana, que ya era entonces consejero y confesor del emperador Carlos V, aceptó en seguida la plaza de secretario particular que le ofreció para incorporarse, con él, a la Corte Imperial, que a la sazón se hallaba en Italia. Algunos escritores afirman que Quintana fué a Tolosa expresamente a buscar a Servet a instancias de su padre, el escribano del Real Monasterio de Sixena, que no lo creía seguro en la capital del Languedoc. Otros suponen que siendo Quintana un distinguido humanista y teniendo ideas muy amplias acerca del cristianismo, encontrando de nuevo a su antiguo discípulo y concordando con éste en muchos puntos de vista acerca de las nuevas tendencias que toma-

ban las ideas religiosas, se decidió a llevárselo consigo como secretario particular para darle motivo a que se dedicara a escribir y a pensar según sus tendencias bajo la protección imperial, cosa que no podría hacer en Tolosa. Sea del caso lo que fuere, lo cierto es que el joven Servet siguió a su protector a Italia, donde le presentó al propio emperador Carlos V, y tanta simpatía supo inspirar a su angusto señor, que le hizo asistir en lugar preferente a su coronación en Bolonia por el papa Clemente VII.

Después estuvo con el séquito imperial en otros sitios de Italia y en especial en los Estados papales durante un año de 1529 a 1530. En las ciudades italianas se supone que adquirió los primeros conocimientos de Medicina de los grandes doctores de la época. Pero eso no le basta y asiste a los heridos en los combates y pide los cadáveres para estudiar en ellos, por propia observación, el organismo humano.

A los 19 años era ya un médico notable por su saber, y en esta corta edad era ya *envidiado* por todos los doctores de la ciencia moderna. Por fin sale de Italia siempre agregado a la corte imperial, y en Alemania asiste a las controversias teológicas de la Dieta de Hansburgo, la ciudad imperial por excelencia. Allí fué donde conoció a Malancthon y a Bestzer de Estrasburgo, pastores reformados de gran nombradía.

A los 20 años descubrió la *circulación de la sangre* en el organismo humano, siendo esta circulación el motor de la vida humana.

Al estudiar los Evangelios, Servet encontró en el de San Juan el alto ideal humano. Como humanista y como teólogo pensador tuvo la desgracia de tener razón entre católicos y protestantes y para defender su manera de comprender el Cristianismo al formular sus ideas, se atrajo la animadversión de todos.

A fuer de hombre de buena fe, quiso antes de publicar nada consultar y controvertir con las lumbreras de la Teología en toda Alemania. Así se dirigió a Basilea y pidió una audiencia a Ecolampadio, al cual expuso sus ideas; y Ecolampadio (su verdadero nombre era Juan Hansschein) se horrorizó ante sus afirmaciones. Los conceptos geniales del joven sabio español, le parecieron blasfemias horribles y le anatematizó llamándole a Servet *judío, musulmán, blasfemo poseído del demonio*, y lo echó materialmente de su presencia, diciéndole que merecía el suplicio más tremendo. Servet no se intimidó y le dirigió una carta en la cual le escribió: «Es abusivo el condenar a los que se equivocan en la interpretación de libros sagrados. Sólo es justo tal castigo para los asesinos».

Bien pronto se convenció nuestro filósofo de que la protesta era cuestión de temperamento de la raza más que de ideal y esto con un fin puramente material. Los pastores de la Reforma atacaban a Roma por pura conveniencia de la manera más brutal. Calvino decía de los obispos: «Les hacemos demasiado honor a estas bestias cornudas llamándolas obispos. El título de Papa no se debe dar a ese bandido (Crigand) que ocupa la silla de Dios».

Lutero decía: «Si yo fuera emperador, cogería al Papa y a los cardenales, haría con todos ellos un lío y los arrojaría juntos en el pequeño foso de la mar de Toscana».

El mismo Lutero dice del Papa: «Está tan lleno de diablos, que los escupe y le salen por las narices cuando se suena».

Servet, convencido como estaba de que la Trinidad no está mencionada y menos afirmada ni en el Nuevo ni en el Antiguo Testamento, quiso que sus primeros escritos se basaran en afirmar la unidad divina y por tanto la falsedad del dogma trinitario como una impostura de teólogos estrechos de cerebro. Así escribió su libro primero titulado *De Trinitatis erroribus*.

Al saberlo los pastores protestantes suizos, impidieron la impresión del libro y entonces Servet se marchó a Hagenan

en Alsacia, y allí se lo imprimió el librero Juan Satzer a fines de 1531.

A los 20 años, lleno de actividad, abre un curso de Matemáticas en la propia escuela de Medicina de París, a la par que otro de Anatomía general, al cual asistían los primeros médicos de la capital francesa. Después abre un curso en la Escuela de los Lombardos y un cursillo en el que se ocupa de Astronomía y de las influencias siderales sobre el organismo humano, lo cual fué calificado de Astrología judiciaria.

Hubo un momento en que Servet llegó a ser el médico de mayor fama. Los oyentes esperaban turno para oír al *dulce sabio español*, como se le llamaba, y quedaban todos admirados ante las teorías de aquel joven doctor tan atrevido como elegante. Hasta los reyes iban a oír sus encantadoras teorías.

A Servet, en este momento la fortuna le sonreía. La corte le consultaba. Los grandes sabios tenían a grande honor discutir con él. Todos se lo disputaban. Pero su excesiva nombradía llegó un momento en que estuvo a punto de perderle.

En unas lecciones dadas en la Escuela de Medicina de París, habló de lo que llaman modernísimamente hoy día (1910) *Premoniciones* los hombres de ciencias, esto es, de los presentimientos que son como un anticipo del porvenir y de lo que se siente relativo a lo que pasa a distancia, o sea de los hoy llamados *fenómenos telepáticos*; y esto agradó tanto en París, especialmente en las clases elevadas, que su fama le llevó a ser el doctor preferido de todos los grandes personajes y en especial de la corte, que iban a su modesto alojamiento para consultar con tan ilustre sabio; y llegó a tanto la cosa, que hasta se asegura fué llamado por la reina a palacio. Tanta fortuna no tardó en provocar la envidia de algunos colegas suyos, que en cierta ocasión él había calificado de asnos. Este duro calificativo lo aplicó a los que no tienen en cuenta las influencias meteorológicas sobre el organismo humano. Esto les dió pie para que le hicieran acusar de astrología y de magia al Parlamento de Francia por la propia Facultad de Medicina. En la acusación se pedía la *muerte en la hoguera del extranjero abusivo y engañador* por haber dado un curso de Astrología judiciaria, ciencia reprimida por las divinas instituciones canónicas y por las civiles.

En París, es donde Servet entabló las primeras relaciones con el fanático Calvino. Allí se vieron ambos por primera vez y lo que es más, se detestan cual dos adversarios irconciliables que se aprestan a un duelo a muerte.

Halláronse frente a frente los dos polos opuestos de la vida: la Filosofía humanitaria y el dogmatismo cerrado, la libertad y la represión, la esplendidez caballeresca y la austeridad mezquina, la nobleza leal y la villanía artera, la filantropía y la misantropía, la Ciencia y la Inquisición. Más que dos hombres, eran dos personificaciones, dos ideas diametralmente opuestas que se habían puesto frente a frente con una energía colosal, y aquello no podía acabar más que con la desaparición o la muerte de uno de los dos rivales.

La altiva franqueza, la noble gallardía, el atrevimiento racionalista superhumano de Servet, encendieron en el alma estrecha y feroz de Calvino un rencor, un odio y unos celos que no se extinguieron hasta que logró perderle. Entre los hombres, el talento y la nobleza son causa de mayores celos y de odios más implacables que entre mujeres la hermosura. Todos los seres viles odian a los que valen más que ellos, en cualquier sentido que esto sea, y se nace vil o noble como se nace feo o bello, bajo o alto, bilioso o sanguíneo.

Todos admiraban en Servet la gran bondad y la filantropía, elevadas a la categoría de deber. Se le conocía por el *amigo de los enfermos y el enemigo de las enfermedades*. Y no solamente curaba, sino que curaba de balde cuando

no podían pagar sus módicos honorarios y hasta les daba dinero a los que no tenían medios para practicar su tratamiento, que era siempre el de ahorrar el sufrir, desterrar el dolor, confortar el ánimo del paciente y ser la providencia del enfermo con sus curas humanistas. Los condes y marqueses del Delfinado y de todos los países limítrofes, pedían por favor sus consultas, mandándole por ello espléndidos regalos. Sus curas eran maravillosas. No sangraba nunca, y sin sangrar curaba los enfermos, lo que parecía casi un milagro.

Con los grandes medios que el arzobispo Paulmier le proporcionaba y con el tiempo que le dejaba libre el ejercicio de la Medicina, Servet tuvo lo necesario para dedicarse al estudio y escribir su libro magno que le llevó a la hoguera, que al cabo de tres años tuvo terminado. Esta obra, que él meditaba ya desde hacía mucho tiempo, era una especie de Enciclopedia en que se hallaban reunidas todas sus ideas, formando serie con las de grandes filósofos anteriores, sobre *Divinidad*, el *Cristianismo*, la *Ciencia* y el *Hombre*. Puede decirse de esta obra que es la síntesis del espíritu del Renacimiento. En ella se llega a dignificar y divinizar al hombre y a agrandar el dominio vital ascendente de la especie humana. Acaricia la idea de la vuelta a un Evangelio puro, todo lleno de amor y vida como el de San Juan, y con él llegar al establecimiento del superior reinado del Santo Espíritu, el cual se manifiesta sobre la tierra por el amor y la sabiduría. Su libro está tan lleno de ideas científicas, que a veces llega a alcanzar el vigor y la poesía de un canto poético.

Su sistema es un eterno llegar a ser. Todo se mueve. Todo marcha. Todo progresa. Todo cambia eternamente, pues que Dios es energía permanente y su creación continua, siendo persistente su impulso, que es la vida misma; sino, El no sería el Eterno Padre. Precisamente donde su adivinación científica brilla como un sol en medio de una nebulosa de elucubraciones metafísicas, es en el capítulo V, consagrado al Espíritu Santo, en el cual hace una descripción detallada del cuerpo humano. Y para probar que el Espíritu de Dios es movimiento y vida, desde los mundos que vuelan por los espacios, en formación continua, hasta los seres de la tierra, describe la circulación de la sangre en el Hombre, empezando ya por la del feto en el vientre de la madre, acabando por afirmar que el mayor de todos los milagros de la creación es el cuerpo humano, templo viviente del Santo Espíritu.

Servet, que desde que entró en Francia se le llamó doctor *Michel de Villeneuve* y que nadie sabía fuera el antitrinitario Servet, tuvo la debilidad de querer consultar (ya lo hemos dicho antes) y controvertir las ideas de su libro con varios doctores protestantes, antes de darlo definitivamente a la imprenta. Así se dirigió a Abel Pupin, a Vives y especialmente a su contrincante de París, Calvino, muy cándidamente dándole las pruebas de su libro y hasta el índice de las materias que le causaron su perdición y su muerte.

Servet nos ha dejado varias obras escritas, a saber:

A los 20 años de edad (1531) produjo la primera de que antes hemos hablado, titulada *De Trinitatis Erroribus*, y su aparición conmovió todos los espíritus pensadores de Europa. Esta obra fue estampada en casa de uno de los más renombrados impresores del Renacimiento.

En 1532, *Dialogorum de Trinitate Libri Duo, de Justitia Regni Christi et de Charitate*. La controversia y el pavor que produjeron estas dos obras en el campo protestante, le obligaron a abandonar los países germánicos y a retirarse a Francia mudando de nombre para no ser conocido.

Estas dos obras iban firmadas con el nombre de Miguel Servet (alias) Revés.

En 1535 publicó *Geographia Ptolomeæ* en Lyon la primera edición y la segunda en 1541, corregida y aumentada debidamente.

Eliseo Reclús no vacila en decir que fue el verdadero fundador de la Etnografía y de la geografía comparada.

En 1536, desde Francia, publicó la tercera *Brevissima Apologia pro Campeggio in Leonardum Fuchsium*. A partir de esta obra ya firma todos sus libros, en lugar de Miguel Servet, Miguel de Vilanova.

En 1537 publicó *Syruporum Universa Ratio*, que armó tanto barullo entre los doctores de la capital de Francia, valiéndole la envidia de los médicos rutinarios, a los cuales él calificaba de *asnos*, y probablemente la denuncia de que fue objeto al Parlamento de París por parte de algunos profesores de aquella Facultad, y por otro lado le valió la estima de todos los amantes de la ciencia. Esta obra la completó después en cuatro tomos más que publicó en Venecia y Lyon desde 1545 a 1547.

En 1538 publicó *Apologetica Disceptatio Pro Astrologia*, desde París, demostrando Servet un gran conocimiento de la ciencia astronómica y de la constitución y movimiento sideral, dando ideas de tener un sistema que preludia al de Galileo y disertación de lo que hoy se conoce con el nombre de «telepatía».

En 1542 publicó la *Biblia Sacra ex Sanctis Paganis*. Ahí prueba que las profecías deben entenderse que hacen referencia al pueblo hebreo y no a Jesucristo como se creía en la época. Toda esta obra está llena de geniales observaciones, descubriendo perspectivas nuevas.

En 1546 publicó *Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino*, con comentarios originales, y una *Gramática Castellana*.

La obra maestra de Servet y la que le valió el martirio fue la llamada *Christianismi Restitutio*. El primer título que Servet pensó darle a este libro fue el de *Renovatio Christianismi*. Por fin la publicó con el nombre primero. Es un volumen de 724 páginas en octavo y tiene al final, en la última página, las iniciales M. S. V., del año 1553.

Esta obra, aunque no lleva pie de imprenta, fue estampada en Vienne (Delfinado) por Baltasar Arnoblet.

Las dos primeras obras de Servet repetimos que van firmadas: Miguel Servet (alias) Revés. Las otras, desde que entró en Francia, están firmadas por Miguel de Vilanova. Y la última sólo lleva las iniciales M. S. V., al final del libro.

Además Servet dió gran número de conferencias y tuvo infinitas controversias de palabra y por escrito, mandando gran número de cartas a los principales jefes de la Reforma, a más de las que escribiera a Calvino y del primitivo plan de su obra. Paul Burgeusis tiene muchas recogidas y publicadas en su estudio titulado *Recherches scriptuaires en Tokler's Berceus des Glaubens*.

Otras cartas de Servet han sido publicadas por el doctor Reuss y otras por el doctor Tollin, a más de algunas inéditas que están en los archivos de Ginebra.

Tal es la obra intelectual de este gran sabio español, mártir del libre pensamiento y de la libertad, que en sí encontró el espíritu del Renacimiento y que murió quemado en Ginebra a los 42 años de edad, perseguido por el inquisidor protestante Calvino.

¡Cuán grande no hubiera sido su legado, si el vil Calvino no nos arrebatara violentamente esta noble y preclara existencia! ¡Gloria y honor a la víctima y oprobio eterno al victimario!

Servet se nos presenta en la historia de la Humanidad como un tipo original, el más original del Renacimiento que él sintetiza.

¡Tanto brilla, que hay momentos en que sus frases parecen las lenguas de fuego del Santo Espíritu!

Como todos los grandes genios, tenía ideas de tal fuerza, que reducían a cenizas, a humo, las contrarias. Así se le aplicó la pena de los incendiarios; ¡y fue a desaparecer allí, en medio de las llamas, para que sus ideas arraigaran y se extendieran sobre toda la tierra!

P. GENER

El infierno verde



LA ONCOCERCOSIS



ACE algunos años, por el 1944, los médicos españoles refugiados en México fundaron el Ateneo Ramón y Cajal, bajo la presidencia del Dr. Manuel Márquez, ex-decano de la Facultad de Medicina de Madrid. Además de defender atinadamente los intereses profesionales de sus afiliados, en alguna ocasión seriamente amenazados, el Ateneo publicó una notable revista, los «Anales del Ateneo Ramón y Cajal», y celebró numerosas conferencias, desfilando por aquella tribuna médicos españoles y mexicanos, que desarrollaron los más sugestivos temas sobre actualidades médicas.

Uno de los conferenciantes fué el Dr. Martínez Báez, entonces subsecretario de Salubridad Pública. La conferencia versó sobre una enfermedad terrible que hacía grandes estragos en los Estados de Chiapas y Oaxaca, así como en el país vecino de Guatemala. Lo peor del caso es que muchos de los atacados quedaban ciegos sin apelación posible. El conferenciante nos aseguraba que en Chiapas se habían controlado 20.000 casos de oncocercosis y 6.000 en Oaxaca. Pero es muy difícil aproximarse a un número exacto, por lo intrincado e inmenso de la selva y la resistencia que presentan los indígenas a ser tratados. Las investigaciones realizadas ulteriormente reducen a una insignificancia las cifras dadas por el Dr. Martínez Báez.

Con las informaciones que obtuve del Dr. Martínez Báez, sobre los sufrimientos de los oncocercosos, y las de otras fuentes, sobre los estragos de las enfermedades tropicales en unos pueblos en extremo atrasados y pobres, me decidí a bajar a los Estados del Sud de México, en plena selva tropical, y como anarquista, hacer todo el bien posible a los desdichados y estudiar sus dolencias.

El resultado de todo esto será expuesto en algunos artículos de nuestra revista CENIT. ¡Ojalá interesen a nuestros lectores y se den cuenta de los males inmensos que atormentan a los hombres, por cierto remediables, mientras los perversos, gobernantes y capitalistas, preparan una nueva hecatombe guerrera, y consumen en armamentos las riquezas producidas por los trabajadores, que podrían emplearse en remediar el mal sobre la tierra!

La oncocercosis es debida a la presencia de la filaria *Onchocerca*, vólvulos en la piel, tejido ce-

lular subcutáneo y otros tejidos del cuerpo, donde puede producir nódulos fibrosos. La ceguera es la más grave manifestación de esta terrible enfermedad. La dolencia se transmite por varias especies de moscas de la familia Simulidao.

Las filarias causantes de esta enfermedad son nomatodos que se presentan bajo dos formas.

Los adultos, visibles al ojo desnudo, que viven en el tejido conjuntivo o en las vías linfáticas del hombre, donde evolucionan, se acoplan y producen embriones.

Estos embriones o microfilarias no son visibles que al microscopio y se encuentran en la sangre y en la piel, donde se transmiten por picaduras al huésped vector, que lo lleva a la vez a un sujeto sano, lo que permite a la especie de continuar su existencia parásita.

Los vectores de la enfermedad son moscas de la familia simulidao, insectos pequeños que sólo miden de uno a cinco milímetros de longitud. Estos insectos se crían en los lechos de las corrientes de agua, en donde las larvas y las pulpas pueden insertarse a las piedras sumergidas, a los troncos de los árboles o aún a la vegetación. Estos insectos se infestan al absorber la sangre de los individuos enfermos. Las microfilarias ingeridas abandonan el estómago de la mosca y penetran en los músculos torácicos, donde se desarrollan. Para su evolución se requiere un período de seis días, durante el cual sufren dos mudas. La larva infestada se traslada después al lado del mosquito que en esta forma puede infectar a un nuevo individuo. Es la mosca hembra la que pica al hombre durante el día en las pantorrillas, brazos y cara. El período de incubación de la oncocercosis no se conoce, pero parece ser de cuatro meses a un año. La microfilaria se estaciona formando quistes, pero muy especialmente busca la luz hasta encontrar el nervio óptico, al que destruye en pocos meses.

La oncocercosis se encuentra limitada al Africa tropical, y a la América Central, en Guatemala y México. En este último país ha invadido los Estados de Chiapas y Oaxaca, y comienza a infiltrarse en los Estados vecinos, porque la enfermedad es arrasadora y gana terreno, resultando impotentes los medios empleados para combatirla.

Parece lo más probable que la plaga fué traída a Centro-América por los esclavos negros llegados

de Africa hace siglos. La vergonzosa esclavitud del hombre por el hombre, con la mala intención de explotarlo trajo la oncocercosis, y todavía se manifiesta cada vez con más bríos, porque la explotación, lejos de desaparecer, va en aumento.

No fué sola la oncocercosis la enfermedad que vino a América con los esclavos negros, como un castigo; fueron además otras a las que nos referiremos más adelante.

Hace poco más de veinte años ocurrieron en México los primeros casos de esta enfermedad. Las emigraciones de trabajadores guatemaltecos trajeron consigo el mal al Estado de Chiapas. Las festividades anuales que se celebran en diversas poblaciones chiapanecas y oaxaqueñas arrastraron la oncocercosis hasta Oaxaca, y después las emigraciones de campesinos la han llevado hasta el Estado de Veracruz, amenazando seriamente a Puebla, Guerrero y otros Estados limítrofes.

En 1915, el Dr. Rodolfo Robles, guatemalteco, fué el primero en observar una enfermedad de tipo epidémico que se presentaba en las regiones altas del Pacífico de Guatemala. Esta aparece en forma de nódulos fibrosos subcutáneos y le atribuyó un origen parasitario. Al quitar un nódulo de éstos, del cuero cabelludo de un niño, encontró en el interior del mismo un parásito fusiforme.

Fulleborn, en 1923, fué el primero en señalar categóricamente la existencia de oncocercosis en México, basándose en un niño enfermo, hijo de alemanes, que examinó en el Instituto de Enfermedades Tropicales, en Hamburgo (Alemania), y la reportó por primera vez como una enfermedad desconocida que causaba la ceguera en el Estado de Chiapas.

En 1926, el Departamento de Salubridad Pública de México, mandó una expedición que esclareció el problema, sentando que se trataba de oncocercosis, y más tarde encontró otro foco en Oaxaca.

Aunque no soy muy entusiasta de las estadísticas, o más bien de cómo se confeccionan, voy a presentar algunos datos tomados de fuentes verídicas, que dan una idea de la magnitud del problema.

La oncocercosis ha venido aumentando, como se ve, por el siguiente cuadro comparativo: Estado de Chiapas, personas examinadas en 1942: 154.182; enfermos: 40.963; operados: 12.300. Año 1945, examinados: 76.690; enfermos: 1.393; operados: 648. Año 1946, examinados: 18.978; enfermos: 1.767; operados: 1.148.

El año funcional comprendido del primero de septiembre de 1944 al de agosto de 1945, arrojó las siguientes cifras. Examinados: 161.251; enfermos: 43.525; operados: 12.564.

Una estadística de un período no determinado nos revela lo siguiente. Personas examinadas: 118.251; enfermos: 22.580. Lo que indica que resultaron enfermos el 17,09 por ciento.

De estos enfermos tuvieron trastornos oculares 8.383, lo que indica que más de la tercera parte de los enfermos de oncocercosis padecen esos trastornos. Dichos trastornos fueron como siguen: leves, 6.626; graves, 1.653; y ciegos, 104.

Los estragos causados por la oncocercosis son ho-

rrorosos. Las personas atacadas van perdiendo paulatinamente las facciones del rostro, hasta que su cara se convierte en una masa deforme y sangui-nolenta; si el mal se localiza en los ojos, poco a poco va perdiendo la vista para siempre, y si ataca a otros puntos de la cabeza, se producen otras enfermedades, según los estragos de las lesiones, que acaban lentamente con el paciente.

Uno de los casos más dolorosos que ha llegado a mi conocimiento es el de la joven de 15 años María Beltrán, que durante la celebración de una fiesta tradicional fué elegida reina de la hermosura de su pueblo. Esta belleza fué atacada por el simulido y, poco después, su presencia producía horror entre aquellos vecinos, pues su rostro, antes tan bonito, iba siendo comido por el parásito.

Existen pueblos en Chiapas y Oaxaca, donde familias enteras son víctimas de la oncocercosis desde los padres hasta los niños menores de dos años, y el mal se extiende con la emigración de las tribus chamulas y lacandones hacia el Norte y Noroeste, en busca de mejores condiciones de vida.

La estadística presentada ante el Congreso Internacional, en el Estado de Chiapas, acusa la suma fantástica de cien mil ciegos, y es lógico que en ciento quince poblados infestados en Oaxaca se tengan treinta mil personas incurables.

En este Estado de Oaxaca, donde vivo nada menos que ocho años, casi la totalidad de la población de siete aldeas y comunidades indígenas, está ciega. El «país de los ciegos» está formado en la actualidad por las poblaciones de Comaltepec, Jolox, Totomoxtla, Las Llagas, Las Nieves, Mamotlan y Tiltotec, cuyos moradores, en su mayor parte, presentan graves lesiones oculares. ¡Ciegos y pobres, los desgraciados!

Como siempre ocurre, las víctimas de la oncocercosis pertenecen a la clase pobre y explotada. La desnutrición es una de las características de las regiones donde hace estragos la enfermedad. En colaboración con la miseria está la ignorancia. Al formarse un foco de oncocercosis la gente huye del lugar atemorizada. Ocurre entonces que los enfermos se sienten abandonados y careciendo de medios de vida tienen que emigrar, llevando el contagio en su camino.

Las zonas invadidas por la oncocercosis comprende cuarenta y tres municipios de los Estados de Chiapas y Oaxaca, en regiones ásperas y bravías. Se habla chino, alemán, castellano y los dialectos tepachulca, chiapaneco, náhua, tzotzel, tejolabal, chicomulteca, mamecachikel, motocinteca y quinché. Hay ciento quince propietarios de fincas cafeteras que dominan económicamente sobre el resto de la población. Los patronos son chinos y alemanes y alguno que otro mexicano. La explotación del indio es inicua. Los ricos hacendados extranjeros poco o nada se preocupan por la salud de los indígenas a su servicio. Los aborígenes rehúsan muchas veces someterse al tratamiento de la desnudulación, porque los patronos les obligan a trabajar al día siguiente, sin darles un momento de reposo.

El simulido vive y prospera en aquellas regiones de 400 o 500 a 1.200 metros de altura, y sujetas a un clima tórrido, cubiertas de vegetación adecuada para impedir el paso de los rayos del sol y conservar la humedad. En este medio es donde se cultiva el exquisito café de Chiapas, que al ser saboreado

por los privilegiados en sus banquetes no se perciben del intenso dolor que representa su cultivo.

Durante la recolección del café intervienen personas de ambos sexos y de todas las edades en el Estado de Chiapas. Debido al calor, los hombres andan vestidos únicamente con un pantalón arremangado, lo que facilita el piquete de la mosca en varias partes de su cuerpo.

Las personas que no trabajan en la finca y que habitan las zonas oncocercosas viven en la más completa de las miserias. Visten mal, comen peor y sus habitaciones son antihigiénicas. La comida por día y por persona que la finca (propiedad de los alemanes en su mayoría) dan a los trabajadores es la siguiente: frijoles, 150 gramos; maíz, 800 a 1.000 gramos; café en infusión endulzado con azúcar o con piloncillo. Los domingos se dan como extra: 200 gramos de carne y 250 gramos de retazo con hueso.

El maíz lo comen en forma de tortilla o lo toman en forma de «Pozol», bebida regional que consiste en maíz triturado o de masa con agua, y cuando están de suerte, con un poco de sal. En esta situación de miseria de un pueblo raquítico por herencia y desnutrido por la mala alimentación, se enseñorean la oncocercosis y otras enfermedades. Pero la plaga peor la constituyen los explotadores sin conciencia, en su mayoría extranjeros.

Aunque se ha hablado de una medicina eficaz, hasta ahora no se ha encontrado, y la sola cosa que hay que hacer es la extirpación de los tumores formados por la oncocercosis en las distintas partes del cuerpo. En las regiones apartadas donde se carece de personal técnico la extirpación de los nódulos se realiza de la manera más absurda y pri-

mitiva, cortando con un cuchillo cualquiera, sin ninguna clase de anestesia.

Cuando de inoculaciones oculares se trata, el caso es más serio, pues se necesita la intervención de un especialista que es difícil de encontrar, porque en las capitales se vive mejor que en estas selvas tan incómodas y peligrosas.

Ultimamente ha aparecido en el comercio una nueva droga, el Hetrazan, que ha merecido los mayores elogios. Personalmente no he tenido todavía ocasión de experimentarla, aunque parece que produce las más serias reacciones alérgicas, por lo que se ha aconsejado asociarla con drogas antihistaminicas para aminorar las reacciones generales, y extirpar los nódulos antes de dar comienzo al régimen terapéutico.

Pero el modo ideal de atajar esta enfermedad sería concluir con la explotación de los desdichados, fortalecer su estado general por la alimentación y la higiene, sanear los terrenos y exterminar a los vectores de la dolencia, es decir, a las moscas de la familia simuliidae. Sobre esto, nadie dice una palabra, a no ser este anarquista. Así que todo esfuerzo será impotente para atajar el mal, aunque se cuente con los insecticidas más perfeccionados.

Tal es el cuadro espantoso de la oncocercosis en este territorio, y esta mancha de dolor se repite bajo otras formas en la tierra entera, mientras que los falsos redentores de la humanidad, culpables de tantos males, los que tiranizan y explotan a los hombres, aprovechándose de una situación tan miserable, entonan cantos engañosos al progreso, a la paz y a la libertad.

Pedro VALLINA

Ensayo bibliográfico sobre William GODWIN

Publicaciones sobre Godwin

(Conclusión)

«Things as they are; or Adventures of Caleb William). (B. Crosby, Londres, 1794, 3 tomos).

Esta obra fué la primer novela de este autor cuyo prólogo fué suprimido a requerimiento de los libreros y editores que se alarmaron. La fecha de este prólogo era la del 12 de mayo de 1794. Esta advertencia la hace Godwin en otra edición que se publicó un año después, y en una nota que sigue al prólogo suprimido. La nota lleva al pie la fecha 29 de octubre de 1795. Al igual que en «Political Justice», durante algún tiempo trabajó en varias revisiones de esta inmortal novela. Novela que durante el curso de tres años fué publicada en América, Francia y Alemania, llevándose después a la escena adaptada por Jorge Colman, bajo el título «The Iron Chest», representándose en el Teatro de Drury Lane (Londres, en el año 1796).

Segunda edición: Londres 1796, 3 tomos.

Cuarta edición: W. Simpkin Marshall, Londres, 1816, tres tomos.

Otras ediciones: Filadelfia, 1818.

En «Novelas Standard», núm. 2, 1831.

W. & R. Chambers, Edimburgo, 1839, con una memoria

del autor que comprende entre las páginas 4 a la 98.

Serie «The Railway Library», Londres, 1853.

T. Allaman and C. Daly, Londres, 1838, 1 tomo 329 páginas.

Routledge & Sons, Londres, 1903.

George Newnes, 1904, traducida al francés en el 1797.

Caleb Williams, ou les choses comme elles sont.

Traducción precedida de una noticia biográfica y literaria por André Pichot. París, Michel Levy frères, 2 bis, rue Vivienne, 1868. Dos tomos, el primero de 300 págs, el segundo de 292; en total 41 capítulos.

«Les aventures de Caleb Williams», adaptada al francés por Nicolás Baudy. Bords éditeur, 1945. Impreso en l'Imprimerie Générale, 9, rue de Paris, Grenoble, 290 páginas 12 x 18,3.

Con dos extractos de carta de Dickens a Edgard Poe y de Edgard Poe a Dickens. En esos extractos de carta comentan el estilo y el proceder empleado por Godwin para la estructuración de esta novela.

«Curserly Strictures on Lord Chief Justice Eyre's Charge to the Grand Jury». (Londres, 2 octubre 1794).

Este trabajo apareció anónimamente en el periódico «Mor-

ning Chronical» y después se divulgó en folleto. En este trabajo, Godwin defendió la causa de la libertad civil y consiguió fueran absueltos algunos de los procesados por pertenecer a Sociedades que buscaban la reforma en el país.

«*Considerations on Lord Grenville's and Mr. Pitt's Bills, concerning Treasonable and Seditious Practices, and Unlawful Assemblies*». (J. Johnson, Londres, 1795, 86 páginas).

Esta crítica, ampliamente expuesta en un folleto, trató de oponerse al proyecto sobre reuniones sediciosas que debatía el Parlamento. Este trabajo se publicó bajo el pseudónimo de «A Lover of Order».

«*The Enquirer: Reflections on Education, Manners and Literature*». (G. G. J. & J. Robinson, Londres, 1797).

Con más amplitud, esta obra ofrece la opinión de Godwin sobre el sistema de educación. Sobre algunos de los ensayos dedicó Thomas Robert Malthus su «*Essay on the population*», réplica a Godwin. Ediciones: Dublin, 1797. Revisada y prologada en Londres, 1823.

«*Memories of the Author of a Vindication of the Rights of Woman*». (Londres, 1798, 199 páginas).

Godwin editó los trabajos póstumos de su esposa Mary Wollstonecraft, incluyendo una novela sin acabar, titulada «*The Wrongs of Woman*» y una colección de cartas personales, incluyendo por su parte una Memoria.

Segunda edición corregida. J. Johnson, Londres, 1798, 206 páginas.

Otras ediciones: Filadelfia, 1799.

Nueva edición, con nuevo material, W. C. Durrant, 1927, y otra edición, J. M. Murry, 1928.

«*St. Leon: a Tale of the Sixteenth Century*». (G. G. J. & J. Robinson, Londres, 1799, 3 tomos).

Esta novela tiene parecidas características con «*Caleb Williams*».

Ediciones: 1800, 4 tomos.

Dublin, 1800, 2 tomos.

Alejandro (U.S.A.), 1801, 1840.

Colección «*Novelas Standard*», núm. 5, 1831.

Colección «*Los Novelistas*», tomo 4, 1839.

Traducida al francés, París, 1799, 3 tomos.

«*Antonio: a Tragedy in Five Acts*». (Londres, 1800).

Esta obra se representó el día 13 de diciembre de 1800, y Charles Lamb escribió el prólogo y el epílogo de la misma.

«*Thoughts Occasioned by the Perusal of Dr. Parr's Spital Sermon*». (G. G. J. & J. Robinson, Londres, 1801).

Como indica el propio folleto, se trata de una respuesta a los ataques del doctor Parr, Mr. Mackintosh, al autor de «*An Essay on Population*» y otras personas. S. T. Coleridge en sus notas indica que existe otra edición.

«*The Life of Geoffrey Chaucer, the Early English Poet*». (Londres, 1803, 3 tomos).

Una obra de carácter biográfico acerca del conocido poeta inglés.

Segunda edición: Richard Phillips, Londres, 1804.

Traducción al alemán: «*Leben Geoffrey Chaucer... Nach dem Englischen... frey bearbeitet von C. W. F. Breyer*». Jena, 1812.

«*Fleetwood; or The New Man of Feeling*». (Richard Phillips, Londres, 1805, 3 tomos).

Otra novela presentada bajo la misma tónica de «*St-Leon*».

Ediciones: Nueva York, 1805, 1832, 2 tomos.

Colección «*Novelas Standard*», núm. 22, 1831.

Traducción al francés por A. L. Villetterque, París, 1805, 3 tomos.

«*Letter of Advice to a Young American: On the Course of Studies it might be most advantageous for him to Pursue*». M. J. Godwin & Cia, Londres, 1818, 15 páginas).

«*Damon and Delia*». (Hookman, Londres, 1783).

Esta novela la menciona Godwin en su autografía, que fué escrita en uno de los periodos más activos de su vida literaria. Dice que la hizo en diez días. Sin embargo, no se tienen trazas de su existencia.

«*Italian Letters*». (G. G. J. & J. Robinson, Londres, 1783).

Esta obra escrita en tres semanas, tampoco se conoce, y las referencias son extraídas de sus propios escritos.

«*Imogen, a Pastoral Romance*». (Lane, Londres, 1784).

Como en los casos anteriores, no se conocen ejemplares de esta novela escrita durante los primeros cuatro meses de ese año.

«*Faulkener: a Tragedy*». (Londres, 1807).

Esta tragedia en prosa fué escrita en 1804, pero no se representó hasta el año 1807 y tuvo como «*Antonio*», poca acogida. La obra era en cinco actos.

«*Abbas, King of Persia*».—Se trataba de un drama en verso que fué rechazado para la representación después de conocerse «*Antonio*».

Después de atravesar una crisis económica y ante su propia situación personal, Godwin se dedicó, cuando tenía cerca de 50 años de edad, a escribir cuentos e historias infantiles, bajo el pseudónimo Edward Baldwin y Theophilus Marcliffe, publicados en su propia librería. La mayoría de estas historias se referían a Inglaterra, Grecia y Roma. En esa situación publicó trabajos no sólo propios sino una «*Gramática Inglesa*» de Hazlitt, la conocida obra de Charles Lamb, «*Mary Lamb Tales from Shakespeare*», y el libro de Lamb titulado «*Adventures of Ulyses*».

«*Fables, Ancien and Modern*». (Londres, 1805, 2 tomos). Escrita bajo el pseudónimo de E. Baldwin.

«*The Looking Glass: a True History of the Early Years of an Artist*». (T. Hodgkins de la Biblioteca Juvenil, Londres, 1805, 118 páginas de texto).

Esta obra fué también escrita con pseudónimo: T. Marcliffe.

Ediciones: un facsimil de la primera edición: 1885.

«*The Pantheon, or Ancient History of the Gods of Greece and Rome*». (Londres, 1806).

Este libro lleva ilustraciones de William Blake.

«*The History of England*». (Londres, 1806).

Escrito bajo el pseudónimo de E. Baldwin.

«*The Life of Lady Jane Grey, and of Guildford Dudley, her Husband*». (Londres, 1806).

También escrita bajo pseudónimo: T. Marcliffe.

«*The History of Rome*». (Londres, 1809).

Escrito bajo el pseudónimo de E. Baldwin.

«*A New Guide to the English Tongue*». (Londres, 1809).

Escrita bajo el pseudónimo de E. Baldwin.

«*An Essay on Sepulchres; or a Proposal for Erecting some Memorials of the Illustrious Dead in all Ages, on the Spot where their Remains have been Interred*». (Miller, Londres, 1809, 116 páginas).

«The Lives of Edward and John Phillips, Nephews and Pupils of Milton». (Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, Londres 1815).

En algunos libros se establece la fecha de publicación en 1809, pero la auténtica es la anotada arriba.

«The History of Greece». (Londres, 1811).

Escrita bajo el pseudónimo de E. Baldwin.

«Mandeville: a Tale of the Seventeenth Century in England». (Constable, Edimburg, 1817). (Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, Londres, 1817, 3 tomos).

Una novela que según versiones tiende a concentrar los efectos de la protagonista.

Ediciones: Nueva-York, 1818, 2 tomos.

Traducción al francés: por J. Cohen, París, 1818.

«Of Population: an Enquiry concerning the Power of Increase in the Numbers of Mankind; being an Answer to Mr. Malthus's Essay on that Subject». (Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, Londres, 1820).

Traducción al francés: 1821.

«History of the Commonwealth of England, from its Commencement to the Restoration of Charles the Second». (Henry Colburn, Londres, 1824-1828, 4 tomos).

Se trata de un metódico, detallado y documentado trabajo acerca de la época de Cromwell, el cual estuvo Godwin escribiendo durante cuatro años.

«Clouesley». (Londres, 1830, 3 tomos).

Se trata de otra novela juzgada como la peor de las escritas por este autor.

«Thoughts on Man, his Nature, Producción and Discoveries». (Effingham Wilson, Londres, 1831).

Se trata de una obra donde su autor revisa sus apreciaciones sobre la perfectibilidad intelectual conteniendo algunas particularidades sobre Godwin mismo.

«Deloraine». (Londres, 1833, 3 tomos).

Esta fué la última novela de este escritor.

«The Lives of the Necromancers: or an Account of the Most Eminent Persöns in Successive Ages...». (Mason Londres, 1834).

Otra edición: Chatto & Windus, Londres.

Ediciones: Nueva-York, 1835, 1847.

Colección «The Golden Library», Guilford, 1876.

«Essays Never Before Published». (Henry S. King et Cía, Londres, 1873).

A la muerte de Godwin esta obra estaba por terminar y en su manuscrito llevaba el título de «The Genius of Christianity Unveiled» en donde ofrecía unos ensayos de carácter religioso. La obra fué editada por C. Kegan Paul.

Este escritor murió a los ochenta años de edad.

Según referencias tuvo deseo de hacer una revisión de «Political Justice» por medio de un libro que nunca llegó a publicarse y cuyo título era «First Principles of Moral».

Escribió, entre otras, en las revistas:

«The English Review» (mensual), «The Political Herald», «The New Annual Register» (anual). En esta publicación escribió desde 1784 hasta 1791.

Su hijo William, que murió a causa del cólera, en 1832, dejó una novela titulada «Transfusión», a la que Godwin agregó una Memoria (Londres, 1835, 3 tomos).

Dos referencias a este trabajo, en su primera parte n° 24 de «Cénit».

Página 765, párrafo 3°: Existe otra edición de A biographical study: Percurina, Londres.

Misma página, párrafo 14°: Añádese al mismo: «A.E. Rodway. Godwin and the age of transition, edi. Harrap, 10-6, School, Londres».

GERMEN.

LA VIDA Y LOS LIBROS TOLSTOI Y EL ORIENTE



ON su mensaje universal, Tolstoi tiende a la unidad de todos los hombres sobre la tierra. Quiere que los hombres eliminen cuanto tiende a dividirlos en su consciencia religiosa, y que, abandonando la aviesa región de la oscuridad, de la desconfianza y del odio, se conviertan en seres operantes en armonía con el instinto de solidaridad. Comprendió él la profunda divergencia entre Oriente y Occidente, pero no lo consideró nunca al extremo de impedir la aproximación: si en el árbol de la humanidad las ramas se extienden y separan unas de otras, estas derivan de las mismas raíces y la misma savia vital las impregna.

Tolstoi cree que es el Occidente quien ha de imperar sobre el Oriente, aunque éste no debe aceptar los sistemas materialistas de vida del primero, sistemas responsables de los males actuales. Para Tolstoi, el Oriente religioso contiene tanta sabidu-

ria que no tiene necesidad de la ciencia occidental: es suficiente que ponga en práctica las enseñanzas de sus antiguos maestros.

En realidad, aunque nutrido de cultura europea, Tolstoi fué más un oriental que un occidental. No sólo por el impulso que le lleva a estudiar las doctrinas orientales y a asimilárselas, impulso demostrado no por la cantidad de sus lecturas, sino por el modo de sentir la profundidad de las cosas y los problemas que se deriyan de esta investigación. En Tolstoi actuaba apenas el espíritu intelectualista griego que modeló el pensamiento europeo y por el que vemos siempre que nuestras «historias de la filosofía» empiezan generalmente por Tales con exclusión del pensamiento hindú, chino, etc. No en vano prefiere Tolstoi a pensadores como Schopenhauer y African Spir, que reflejan el pensamiento oriental (védico y budista).

La razón de esta preferencia es que Tolstoi veía en el pensamiento religioso oriental una mayor penetración en el problema fundamental de la

existencia, en el dolor cósmico de todas las criaturas vivientes; un mayor deseo angustioso de encontrar respuesta a este tremendo interrogante. En el pensamiento occidental, hay una densidad demasiado confusa, extraviada en los meandros de la dialéctica abstracta, especulaciones de gabinete y de cátedra sin relación, en el fondo, con el problema del hombre, de la Naturaleza y de los animales.

Pero, al mismo tiempo, el Occidente reaccionaba en Tolstoi cuando se trataba de seleccionar y contener la exuberancia oriental, disciplinarla en lógica y síntesis. El Oriente es un jardín bellissimo; todos admiramos la originalidad, la fascinación de sus imágenes, la viveza de sus alegorías, la profunda variedad de sus leyendas. Pero es precisamente un jardín que por su gran exuberancia ha de ser desfrondado o podado para que sean más visibles y más practicables sus senderos de verdad. Creación oriental y crítica occidental pueden complementarse con provecho mutuo.

Oriente y Occidente pueden muy bien encontrarse con ventaja recíproca a base de seguir ciertas líneas directrices de integración, de eliminación de defectos, a fin de obtener una armónica complementación sin choques violentos, sin amputación de elementos útiles de la respectiva estructura. No es verdad, como fué dicho, que el Oriente y el Occidente no pueden nunca encontrarse a no ser sobre el sendero de la guerra. No existe ninguna razón, ningún fatalismo, ni orgánico (biológico) ni psicológico que impida la colaboración, que pruebe la imposibilidad de la unión: el Universo de los hombres es un organismo homogéneo, provisto de una común consciencia universal, un gran cuerpo del cual somos miembros, como dice Séneca. Corresponde a la voluntad consciente y racional coordinar los movimientos discordantes que emplean la vía más larga al logro del fin útil, y que producen así (con la guerra, etc.) el efecto contrario, con lamentable pérdida de tiempo en la dinámica humana, con ruinoso aumento de los gérmenes venenosos y destructores.

En Tolstoi confluye dramáticamente el ansia de la humanidad. Sus innumerables cartas dirigidas a todos los ángulos de la Tierra atestiguan cuan grande fué en él el deseo de hacer partícipes a los hombres-hermanos de su evangelio, de iluminar y de ser iluminado.

«Tolstoi y el Oriente» contiene una parte de esta correspondencia, es decir, los principales documentos (de los cuales bastantes inéditos), testimonios que intruyen sobre las relaciones espirituales de Tolstoi con el pensamiento religioso oriental, antiguo y contemporáneo. Su compilación fué una de las últimas hazañas del benemérito amigo, discípulo y biógrafo de Tolstoi, Pablo Biriukof, que de 1884 a 1910 no había cesado de dedicar su actividad y pensamiento a Tolstoi viviente, era persona autorizada para resumir tal documentación, aun sin ser orientalista de profesión. Tenía, sin embargo, de la vida, del pensamiento, de los escritos y de la palabra de Tolstoi, un conocimiento excepcional. Además hay que agregar su diligencia y objetividad, del que es ejemplo el trabajo que acredita mayormente su propio nombre: la gran «Biografía de Tolstoi», fruto de un cuarto de siglo de paciente labor y de amor fervoroso. El mismo Tolstoi aportó material escrito a esta obra, la que implica un repertorio precioso para los estudiosos, y es más expositiva que crítica en el sentido psicológico y

especulativo. Estos nuevos documentos han salido a la luz posteriormente.

Biriukof pone su vida al servicio de la Verdad que nunca traiciona, por la cual fué pronto a renunciar a los bienes terrestres (pertenecía a la pequeña nobleza rusa y había debutado como oficial de Marina), sufriendo confinación y exilio. Varias fueron sus iniciativas prácticas en el sentido tolstoyano de la no-violencia, del pacifismo al vegetarismo. Cuando Tolstoi y otros amigos suyos crearon en 1885 la editorial «El Intermediario», para dar al pueblo ruso lo que tanto necesitaba: una buena literatura, elevada y moral, y a bajo precio, Biriukof dedicó todo su esfuerzo a esta empresa que tuvo tanto éxito, no obstante los obstáculos interpuestos por parte de la censura zarista. Tolstoi y otros autores rusos contribuyeron a ella con sus escritos, traducciones y adaptaciones, y los folletos, baratísimos, se divulgaron extraordinariamente por millones de ejemplares. Después de la revolución rusa de octubre de 1917, «El Intermediario» dejó de existir.

El nombre de Biriukof está también especialmente ligado a la obra de ayuda dedicada a los Dukhobortsis, los sectarios rusos pacifistas perseguidos por el régimen zarista que también Tolstoi admiró y ayudó. Hoy, en el lejano territorio de la Columbia Británica (Canadá), aquel pueblo emigrado venera todavía la memoria de Biriukof, su hermano y guía. Hay también que recordar a su consorte Sciarapof (1867-1945) que fué en vida de Biriukof fiel y válida colaboradora y compañera de ideales.

Bondadoso y modesto, dotado de extraordinarias facultades intelectuales (versado particularmente en la ciencia matemática) y técnicas (se adaptaba a múltiples menesteres y labores, agricultura, etc.), Biriukof gozaba de la estima y el amor de cuantos le trataban. Tolstoi abrió su corazón comunicándole las intimidades más escabrosas de su vida. Es necesario recordar también que Biriukof fué considerado casi un miembro de la familia Tolstoi, y había sido por muchos años el novio de María, la hija predilecta de Tolstoi.

En Génova (donde se había establecido como tantos otros exilados rusos de aquel tiempo), Biriukof estableció contacto con la intelectualidad pacifista en los años de la primera guerra mundial. Era el tiempo en que Romain Rolland, con sus famosos artículos que formaron los libros «Al margen de la contienda» (1915) y «Los precursores» (1919), las revistas «Demain», «La feuille», «Les tablettes», escritores como P.J. Jouvé, J. Debrit, R. Arcos, artistas como F. Masereel y otros, resistían a la guerra. «Este grupo de paladines de la paz estaba en contacto con Biriukof para rendir al mismo tiempo homenaje a Tolstoi, su maestro en arte y humanidad, y para tender a Biriukof su mano solidaria en la lucha contra la guerra. Biriukof colaboró con ellos aportando su nota eslava a esta fuerza literaria y artística.

»Destacaba entre ellos la noble y pura figura de Romain Rolland: éste hace incluso a pie, no obstante su deficiencia física, el camino asaz tortuoso de la campiña ginebrina para ir a saludar a Biriukof en su propia casa. Recuerdo que después de una visita al huerto que aquél cultivaba, el escritor francés dijo con su cándida modestia: «Yo también me nutro de frutas y verduras, con la diferencia de que vos las cultiváis.»

»La amistad ya sellada entre Rolland y Biriukof

kof, gracias al recuerdo místico y al respeto dedicado a Tolstoi, se reafirmó seguidamente, sin interrupción, hasta la muerte del segundo. A este propósito séame permitido reproducir el siguiente fragmento de la carta de condolencia que envió Rolland a la viuda el mismo día de la muerte, el 1.º de octubre de 1931: «Siento un vivo dolor por la muerte del caro Pablo Biriukof. Esta santa figura me inspiraba un afecto y una veneración filial. Veía y sentía a través de él a Tolstoi: más dulce, más puro, más bueno.»

»Cada cual laboraba por propia cuenta por la causa del progreso del que tenían el mismo concepto: es decir, la elevación moral y progresiva de la humanidad. Y más tarde, se encontraron todavía en el campo común del estudio de la filosofía hindú, rindiendo conjuntamente homenaje entusiasta a su profeta contemporáneo Gandhi.

»Si Biriukof, emprendiendo la obra capital de su vida, la biografía de Tolstoi, se encontraba en «estado de plegaria», lleno de reconocimiento y devoción espiritual hacia el Maestro, es con un sentimiento aun más elevado y sereno que se abisma en su obra «Tolstoi y el Oriente», porque ella implicaba una profesión de fe, fe común en él y en su Maestro. La publicación de «Tolstoi y el Oriente», bien que estimulada por la aparición de Gandhi en la escena del mundo, tenía a los ojos de Biriukof la significación de recordar al mundo la pertenencia de Tolstoi a la concepción oriental de la vida y demostrar que fué de ella el propugnador ardiente íntimamente ligado al mismo pueblo oriental. Tolstoi y el Oriente no son, pues, dos nombres opuestos, sino que representan el sello de un ideal común. Publicando este libro, Biriukof quiso depositar a los pies de Mahatma Gandhi el homenaje de fraternidad espiritual del gran representante del pueblo ruso.

»Sin brillar por cualquier talento particular o conocimiento científico, Biriukof poseía el don de un alma de rara perfección, como un joyel precioso, finamente pulido y de múltiples facetas. Su voluntad inquebrantable de ser siempre útil, de dar y no recibir, no le permitía nunca oponer una negativa a la vida. En cuanto a su obra literaria, fué esta recubierta por Biriukof de un denso velo de modestia. Solía decir: «Se trata de un malentendido: yo no he tenido vocación hacia este género de labores; sólo la necesidad y el deber me han obligado a ejercitarlas.» Ni nunca negó sus labores, artículos y conferencias. Como los antiguos sabios de la India que depositaban sus ofrendas en el altar de la Divinidad, sus pensamientos sin suscribirlos, Biriukof se ufana de aportar su óbolo al mundo del pensamiento humano en forma altamente discreta. ¿No sería tal vez él uno de aquellos sabios del Oriente? No sólo del Oriente sino de la Humanidad entera, como lo fué Tolstoi, y como eran ambos ciudadanos del mundo.» (Olga Biriukof, en una biografía inédita sobre su padre.)

Otro gran amigo de los últimos años de Biriukof fué el holandés Bartolomé De Ligt (1833-1938), el gran pacifista integral que al servicio de la paz y de la no-violencia dedicó su excepcional cultura y su apostolado, legando obras clásicas como «La paz creatriz» (en francés, París, Rivière, 1934). En su interesante estudio «La influencia de Tolstoi en los Países Bajos» (1935), De Ligt empieza:

«Hace una decena de años, al ir a establecerme en Onex, cerca de Ginebra, tuve el placer de en-

trar en relaciones con Pablo Biriukof, el cual me declaró que sentía siempre un gran placer en saber cosas de los holandeses. Y ello porque tenía la impresión de que Holanda, este pequeño país marítimo era uno de los lugares donde las ideas de Tolstoi, el nuevo profeta tan popular en las inmensas tierras de Rusia, era mejor comprendido. En efecto, la influencia de Tolstoi en nosotros ha sido muy profunda, y ella se hace sentir también en la minúscula isla de Schiermonnikoog, situada muy al norte del país y bañada por las olas de un mar incesantemente agitado.»

Y De Ligt cita a L. A. Bähler, F. Ortt, L. van Mieros, J. van Rees, K. Boeke, los objetores de conciencia van der Veer (sobre el cual escribió el mismo Tolstoi) y Jo Meijer. También a Henri van den Bergh, van Eysinga, los escritores y sociólogos Roland-Holst y Clara Meijer-Wichmann, etc. Biriukof creía ver en De Ligt a su sucesor en la tierra.

Debemos a Pablo Biriukof otros numerosos trabajos relativos a Tolstoi. Ediciones y comentarios de sus escritos, una cantidad de opúsculos, de artículos, de conferencias tenidas en varias naciones, de Rusia al Canadá. Tanto es así que hoy, los estudios sobre Tolstoi se apoyan en el nombre de Biriukof. Interesante entre los escritos inéditos es el intitulado «Maestro y discípulo», que contiene, ampliamente comentada, la correspondencia entre Tolstoi y Biriukof en el cuadro de una amistad excepcional.

Para componer su «Tolstoi y el Oriente», Biriukof trabajó en Rusia, en el Museo Tolstoi de Moscú y en los archivos de V. G. Cerkof, otro gran amigo, discípulo y colaborador de Tolstoi. Primeramente tuvo la intención de publicar la obra en la misma Rusia Soviética, pero el proyecto no fué posible. Fracasaron también los proyectos de ediciones en francés y en inglés. Por tanto, el único impreso (hoy agotado) es el texto alemán del editor Rotapfel de Zurich y Leipzig, aparecido en 1925 con el título «Tolstoi y el Oriente». — Cartas y otros documentos acerca de las relaciones de Tolstoi con los representantes de las religiones orientales» (286 páginas). Fué Romain Rolland quien aconsejó esta edición al escritor Emil Roniger, director de la casa Rotapfel. Rolland hace de él una extensa mención en su artículo «La respuesta de Asia a Tolstoi». Biriukof pone en orden cronológico y por naciones la materia, la divide en dos partes y la hace preceder de un «Prefacio» y seguir de una «Conclusión» debidamente anotada.

Vemos a todo un mundo volverse hacia Tolstoi, «consciencia moral de la humanidad», como era llamado en el primer decenio de nuestro siglo. Tolstoi correspondía a todos con su proverbial sinceridad y afabilidad, divulgando quizás verdaderos tratadillos religiosos y políticos, desde un punto de vista superior, derrochando aquí y allá su palabra profética. «Tolstoi y el Oriente» constituye, podemos decir, el testamento espiritual de Tolstoi, su mensaje de amor para todos los pueblos.

Edmundo MARCUCCI

Pablo Biriukof: «Tolstoi y el Oriente». — Cartas, testimonios, comentarios. — Ediciones «Alava», 1952, Vía Rovello, 5. Milán. La obra va precedida por un extenso prefacio escrito por Edmundo Marcucci.

LAS UTOPIAS

UNA OJEADA A LA VIDA EN TIERRA LIBRE

AÑO 2040

Y el pueblo le llamará Inglaterra, en los días venideros

(Continuación)

—Un efecto desagradable en las relaciones sociales es su moral sobre las gentes, cuyas vidas se consumen en tan gran proporción en conexión con el cultivo del suelo. No se les mira como en el pasado, como gente de mentalidad retardada, ni como el objeto de humor. Se conservan con orgullo al mismo nivel de sus compañeros de la ciudad, y de los distritos industriales. No solamente es este el caso, sino que ha habido una creciente disposición entre millones de gentes de la ciudad en pasar sus vacaciones con ellos, ayudándoles en sus tareas diarias. La recompensa ha sido doble: aumentar la fuerza física y el goce de la vida. El cultivador del suelo no es ya la bestia de carga de la sociedad y del gobierno. He aquí, por tanto, el beneficio tangible y positivo de la mayor libertad posible.

—¿Hay algunos cultivadores individuales de la tierra?—preguntó el viejo.

—¡Oh, sí!—dijo el joven—, hay decenas de miles de ellos. En realidad, esta es una obsesión en mucha gente. Parecen fascinados por la tierra. Y es una buena cosa. Encuentran en ello el pasatiempo, para mejor decir, una atracción que ocupa su imaginación y atención casi por entero. Parece que nunca se cansan de trabajar y los resultados de sus labores han sido admirables. Su trabajo ha conducido a resultados sorprendentes. Muchas mejoras en los métodos de cultivo han sido introducidos por ellos y se ha mantenido la igualdad en un alto grado. A propósito, un amigo mío cree que la existencia de estas facilidades para la consecución de energía nerviosa y física, al mismo tiempo que útil y deliciosa, cuenta para la pequeña cantidad de desequilibrios mentales de los tiempos presentes. Durante el siglo XX el número de lunáticos y enfermos mentales era alarmante. Ahora tenemos muy pocos. Mi amigo dice que esto es la consecuencia de una vida social mas sana.

—¿Y qué hay acerca de los niños?—preguntó el viejo.

—Le diré tanto como sepa sobre el particular—dijo la muchacha—. Usted ha visto ya su general y espléndida condición física. Están bien alimentados, convenientemente vestidos y hermosos. El nivel de salubridad es muy grande y constante. Nada refleja tan bien las buenas condiciones y cuidados sociales que los niños. Hoy, primero de mayo, es una fiesta internacional en conmemoración del martirio de un número de hombres que predicaron la conveniencia para el género humano de vivir una vida como la que estamos viviendo hoy. Así usted ve los niños divirtiéndose alegremente en los botes insumergibles en las orillas del río, muchos pateando en las piscinas y muchos otros entretenidos en los interminables pasatiempos que proporciona la arena.

—Sí, lo veo—dijo el viejo—. ¿Pero qué hay sobre los demás días? ¿No tienen que ir a la escuela?

La muchacha rió a carcajadas; luego repuso:

—Espero que me perdonará esta expresión de placer. Fué el uso de la palabra «tienen», significando obligación, lo que me hizo reír. Yo quisiera ver a alguien probando evitarles ir a la escuela. Aquí en otra ocasión no compare, por favor, lo del pasado con lo que ocurre hoy. Actualmente las escuelas no son lugares de espanto, o de tristeza, o antros conteniendo gran número de niños acobardados, agrupados y disciplinados mediante lecciones sin interés ni color; lugares en los que eran preparados para una vida de mayores subordinados.

«Hay muchas cosas maravillosas que ver, oír y hacer en las escuelas. Cuando se prefiere salir de clase para ir al recreo —pues no siempre se tiene interés por lo que se está enseñando—no se carecerá de atmósfera de amistad apropiada, y así no se aleja a los inadaptados; fenómeno que no se da, sin embargo, con mucha frecuencia. Esta garantía se debe, mayormente, al hecho de haberse operado cambios vitales en las ideas sobre enseñanza. Sabido es que enseñar es un trabajo de los más rudos. Pero cuando se sabe hacer un trabajo debidamente y se dispone de las herramientas necesarias, para acometerlo, la tarea se revela sumamente fácil. Igual comparación para la educación de los niños. El trabajo del maestro consiste en explicar la forma y el medio de hacer bien las cosas. Los niños adelantados ayudan a los atrasados o menos despabilados. Ello se hace abiertamente y así se ayuda enormemente al maestro en su tarea. A la vista se tienen objetos de toda naturaleza e interés en relación con la materia que se está enseñando, usándose también ilustraciones para atraer la atención de los educandos.

«La conducta desarreglada no encuentra buena acogida, trayendo aparejada una invitación a abandonar la clase en paz mientras se está trabajando. Indicación suficiente la mayor parte de las veces. En cuanto a la amplitud de las enseñanzas no suponen un problema como en tiempos idos. Algunos maestros son tan populares que calurosas bandadas de niños se suceden para asistir a sus lecciones. Entre los profesores más apreciados al respecto, y que yo conozca, había varios que explicando geografía le daban vida a la lección cual si hubiesen estado relatando peripecias personales a ellos ocurridas en diversas partes del mundo. Se lo asegura quien ha sido testigo de aclamaciones entusiastas al final de las charlas de los maestros. Queda para los profesores profesionales de la enseñanza antigua el afirmar que sus esfuerzos—cuando los hubo—para mejorar la educación y el trato dado a los alumnos, fueron de un gran valor progresivo. También muchos hombres y mujeres educadores con

independencia llevaron a cabo una labor pedagógica por la que mostraron, o intentaron mostrar, que la posición de libertad empuja y fortalece la progresión moral, desarrollando las tendencias e instintos naturales del niño. ¡Ah! Pero tales innovadores fueron considerados, entonces, como unos pobres mentecatos, en tanto que ahora los miramos como iniciadores de un experimento útil por lo acertado y científico.

«Otra de las influencias importantes en la vida del niño. Usted sabe que en tiempos pasados existía la tonta creencia de que, hace unos miles de años, una deidad asiática creó a un hombre y a una mujer. Esa deidad se ofendió por la desobediencia de sus criaturas, cosa que pudo fácilmente haber evitado de entrar ello en su deseo. A partir de entonces, niños y niñas heredan una naturaleza «pecadora». Esa doctrina perdió pie a causa del avance en geología experimentado en el siglo XIX. Además, un gran científico, sociólogo y practicante, Robert Owen, siguiendo las huellas de William Godwin, el filósofo, enseñó y probó que la conducta del hombre, de la mujer y del niño era sensiblemente determinada por el medio que los rodea. Estas enseñanzas han sido confirmadas en toda su amplitud por todo el mundo en los días que vivieron Godwin y Owen. El bienestar de la humanidad depende de la tranquilidad pensante de los individuos y de la naturaleza en desarrollo normal de los mismos.

«No queda duda de que los niños de hoy, al llegar a hombres y mujeres, no permitirán nunca volver a aquellos tiempos de ignorancia y sufrimiento.

«Ejemplo referente a la diferencia de trato de que gozan los niños de hoy comparados con los de ayer, lo da el hecho de que no les consideremos «delincuentes» cuando rompen la costumbre que podríamos considerar de tipo «standard». A consecuencia de las guerras mundiales la imaginación de la infancia fué solivianada, acostumbándose a jugar con armas de juguete ideando emboscadas para simular matarse unos a otros a imitación de lo que realmente hicieron sus mayores. Naturalmente, también les daba por incurrir en otras extravagancias. El exceso de energía secundado por una excitación de espíritu les llevaba a cometer fechorías reales, a menudo contra la ley. Cierta vez, unos cuantos niños planearon una merienda, y para aprovisionarse asaltaron una tienda en la que se apropiaron de unas cuantas cosas comestibles. Por ese delito fueron sentenciados a unos años de reclusión en una llamada escuela reformativa. Por tales amarguras jurídicas no pasaban los pequeños ni los adultos de casa rica. Era solamente la infancia pobre la que sufría semejante castigo. Esos tristes niños de ayer no disponían de la libertad de dar rienda suelta a sus necesidades y a sus energías como los pequeños de hoy, fortuna espiritual que nos ahorra el problema de la «delincuencia juvenil». Lo cual aumenta considerablemente la felicidad de nuestro tiempo».

IV

No hay fuerza mayor en el mundo que una idea madura.

VICTOR HUGO.

—Me agradaría—indicó el viejo—que tuvieran la amabilidad de contarme algo acerca de otros aspectos de la vida, el intelectual por ejemplo, en su derivación artística y científica, pues yo a ambas actividades las considero características del desenvolvimiento del género humano.

—Bien, haré lo posible—dijo el joven—, para darle alguna indicación sobre lo que pide. Las ciencias son, por así decirlo, el aliento de nuestra vida. Debo añadir que nunca hubo antes de ahora tal entusiasmo por los estudios e indagaciones científicas. Lo mismo pasa con las artes. Yo mismo soy miembro de un grupo de jóvenes llamado «The Apex

Society» (La Sociedad Cúspide). Admito sin regateos la prefunción de la juventud; pero aunque he visto sonreír la prudencia por razones de edad, nunca he visto dañara a nadie. Pues bien, tomemos a nuestro grupo como un pequeño ejemplo; un componente, ingeniero, es soberbio en poesía y en drama; otro, carpintero, estudia biología; un tercero, zapatero, estudia lenguas, incluso griego y latín; una muchacha sastresa es experta en Asiriología y Egiptología. Yo mismo, albañil, estudio grabado, escultura y arquitectura, y nosotros somos ejemplos típicos de miles de jóvenes estudiosos de todas las edades. En todas partes del país existen grupos para el estudio y avance de todas las artes y ramas de la ciencia. La imprenta, la poesía, la música, la escultura, la arquitectura, tienen innumerables devotos, y por lo que toca a los científicos, son tan numerosos que muchas veces bromeamos acerca de ellos por ser como la arena en el mar. Los pintores abundan; telas al óleo, acuarelas al negro y blanco, etc., se pueden ver por todas partes. Parece cosa innata. Piense lo que les gusta a los niños entretenerse con tizas y colores.

«Un profesor, hablando en un colegio de la Universidad de Londres recientemente, se jactó sobre el progreso intelectual. Hizo remarcar que donde quiera que hayan existido la libertad y la prosperidad, incluso en pequeño grado, el intelecto humano ha florecido hasta el punto más elevado en tal período. Y dijo además, que nosotros hemos excedido todos los records de edades previas, aunque admitiendo la gran deuda contraída con nuestros antecesores. Se diga lo que se diga, desde cualquier punto de vista, no se puede negar que hoy existe un alto nivel en inteligencia, en conocimiento de las cosas.

«Sobre los deportes físicos, y pesados o fuertes, no admitimos la menor decadencia; al contrario, usted verá que los ejercicios musculares y los deportes en general, son universalmente populares. Algunos, como el fútbol y el *criquet*, todavía parecen provocar verdadera manía. El correr, el andar y el levantamiento de pesos, el ciclismo, la lucha, la natación y cientos de otros deportes, conservan las inteligencias y los cuerpos de nuestros jóvenes en armonía y buen estado de salud».

—Bien, bien—asintió el viejo—. Pero queda aun por explicar la cuestión Sanidad. En mis días éste era un problema tremendo.

—Persistimos—aclará el joven—en los servicios de médicos y cirujanos, pero las numerosas quejas de antaño sobre las condiciones de insalubridad e higiene han casi desaparecido. Además, sobre la gente no pesa ya la enorme presión mental y nerviosa que gravitaba sobre ella en tiempos irracionales. La gente posee una fuerza física y nerviosa superior que la deja inmunizada contra las enfermedades comunes en tiempos pasados.

—Por lo que me dice—observó el viejo—puedo darme cuenta de que un estado de sociedad libre es un paso formidable para la humanidad. Hay un asunto, sin embargo, sobre el que no estoy muy seguro todavía, y éste es el lugar ocupado por la moneda en vuestra economía.

—Respecto a esto—indicó el joven—todavía usamos monedas en nuestros negocios, aunque su uso es más bien formal. Pero existe una proposición ante nuestros ejecutivos, sobre la abolición completa del dinero. Ello tal vez se apruebe por unanimidad en todo el país en un futuro próximo. Veá usted que en estos tiempos de esfuerzo social hemos chocado con la imposibilidad de remunerar a cada individuo de acuerdo con los servicios prestados a la comunidad. En segundo lugar, la riqueza común es tan enorme que surpondría una pérdida de tiempo y de trabajo intentar repartirla. En época de abundancia, cuando es un placer unir-se a los demás para hacer la vida mutuamente agradable, donde puede haber una conciencia social verdadera, no valdría la pena hacer diferencias de remuneración. También estamos en completo y profundo desacuerdo con la idea de

que el trabajo más desagradable y duro deba ser remunerado mucho peor que ningún otro. Eso, para nosotros, es injusto e ilógico y en nuestro caso no rige.

«Aquí, abastecimientos, importaciones, exportaciones y cambios, están basados en el principio del valor comparativo real de las mercancías hasta donde es posible fijarlo, y no en las fluctuaciones del mercado-moneda, o cosa por el estilo. ¡Ya no vivimos bajo la maldición del oro! No existe el poder financiero internacional regateando y conspirando en nombre de los pueblos sin conocimiento de los mismos. Esto convierte la distribución en más simple y fácil. El sistema monetario colocaba a la mayoría de la comunidad en una posición desventajosa en relación con la minoría privilegiada. Aquí, de nuevo, debe usted tener en cuenta el gran cambio operado en los asuntos sociales y económicos, y también la actitud mental y moral de la gente sobre estos vitales problemas. La costumbre de perseverar para obtener riqueza individualmente y mediante la sujeción ajena; la perdición y la miseria de los demás, no pueden existir en nuestros días. No es una cuestión de sentimiento, sino de derecho, que cada cual viva feliz y en bienestar como todos.

«Muchos países han pasado directamente al sistema de abastecimiento libre y uso de los utensilios necesarios para el cumplimiento de la vida diaria. Aquí, en Inglaterra, parece la gente fué más retraída, o tímida, y resistió, o fugió reacia, al abandono de costumbres centenarias. Pero ha ido ocurriendo, en un gran número de localidades, la incorporación al buen sentido, y estoy seguro de que pronto la veremos imperar en todas partes. Es idea general que está en el deseo de todos, y afortunadamente no hay autoridad que se interponga como antes a fin de parar los cambios requeridos proclamándolos ilegales».

—Ahora—observó el viejo—has traído algo a mi imaginación sobre lo que siento gran curiosidad. ¿No necesitan ustedes una ley votada por el parlamento, o un decreto publicado por una corporación política, o poder, que autorice tales cambios o arreglos? La pregunta tal vez le parezca superflua, pero debe apreciar que todo es muy diferente de como era cuando yo salí de este país en mis días de juventud. Las nuevas circunstancias son muy confusas para cualquiera como yo.

(Terminará en el próximo número).

EL ANTICOMUNISMO, EL ANTIIMPERIALISMO Y LA PAZ

Entretanto, aprovechando la suspensión de la crisis producida por las destrucciones de la guerra, los capitalistas tratan de prolongar, donde y como pueden, la vida de la empresa privada, preparando y orientando al mismo tiempo en provecho propio las inevitables concesiones al estatismo. Sobre ese plano se ilumina, con nueva luz, incluso el problema de los armamentos que se acumulan y que llevan a la guerra. Un libro reciente de Henri Claude, «De la crisis económica a la guerra mundial», ilustra minuciosamente los nuevos aspectos de la cuestión. El rearme ha sido, en el decenio 1930-40, un medio para absorber desocupados (cuyo número crecía por el aumento de producción y la baja de los precios) y para complementar la política de las grandes obras públicas, que demostraron ser insuficientes. No se debió sólo ni principalmente al hecho de que los magnates de la industria de guerra, verdaderos amos del Estado, trataran de obtener pedidos sirviéndose de su poder oculto (explicación suficiente y plausible antes de la guerra del 14. Véase el libro de Fenner Brockway sobre el «Tráfico sangriento»). Después de la crisis de 1929 fueron los gobiernos quienes trataron de provocar la recuperación general.

Se trata sin duda de un esfuerzo amplio, encaminado a salvar el sistema del beneficio capitalista, eludiendo las consecuencias inevitablemente socialistas de esa cadena de hechos, cuyos eslabones son: la superproducción, la desocupación, el subconsumo, la disminución de las ventas, baja de los precios de venta a un nivel inferior a los precios de

costo, la tendencia hacia la desaparición del beneficio capitalista. La intervención del Estado con el objeto de asegurar esa ganancia en sueldo, al capitalista en funcionario, al Estado capitalista en Estado totalitario. El proceso italiano-alemán (Italia y Alemania eran países pobres) adquiere un ritmo bastante más lento en los países ricos. En este mundo de alta presión sanguínea, la guerra tiene el efecto de una sanguijuela: disminuye momentáneamente la congestión, pero agrava la enfermedad. Estamos ahora en un momento de respiro de la sociedad capitalista; pero el hecho de que este alivio se deba a la guerra que ha terminado y a la preparación de una guerra próxima, indica que la crisis no ha sido en modo alguno conjurada. Por otra parte, los totalitarismos en acción tienen también necesidad de clima de guerra para subsistir internamente, ya que sólo con el espectro de la guerra se puede justificar y hacer tolerar la militarización de la vida civil. (En Italia y en Alemania eso se ha visto claramente, y lo ve también en Rusia, quien puede seguir un poco el teatro, el cinematógrafo y la prensa). Así, la «guerra fría» conviene tanto a la clase dirigente del bloque occidental, como a la del bloque oriental.

HETEROGENEIDAD DEL ANTICOMUNISMO: LA IGLESIA

El anticomunismo conservador y el anticomunismo capitalista tienen pues un carácter circunstancial, donde el

na d
paramor a la patria y a la democracia son poco más que pre-
ra, textos. Ese anticomunismo está formado también por la
o fulgorancia de lo que el comunismo significa.

na id. Muy distinto, aunque no mucho más profundo, es el
corpo anticomunismo que gravita en torno a la Iglesia Católica.
Esta constituye la más antigua de las fuerzas totalitarias
que existen en el mundo. No tiene repugnancia alguna
por el absolutismo y establece gustosamente alianzas con
las autocracias laicas, cuando no puede establecer su pro-
pia autocracia. Menos aún le repugna el comunismo econó-
mico, que aplica en los conventos y que ella misma ha orga-
nizado en otros tiempos, en circunstancias especiales (las
misiones jesuíticas del Paraguay, por ejemplo), en forma
más completa y auténtica de lo que lo ha hecho el Partido
Comunista en Rusia. Ni siquiera se puede decir que la se-
paran del Partido Comunista sus principios morales, espe-
cialmente ahora que el gobierno de la U.R.S.S. ha vuelto
en muchas cosas a lo antiguo, obstaculizando los divorcios,
estableciendo la separación de los sexos en la educación de
la juventud, reabriendo los templos y permitiendo el rena-
cimiento del sentimiento religioso. En cuanto a la «táctica»,
ella ha sido a menudo invocada por la Iglesia como justi-
ficación de su oportunismo (que proviene—dicen—de la
necesidad de vivir en el siglo) y la organización de la Com-
pañía de Jesús se puede considerar como el modelo histó-
rico—aun cuando no copiado conscientemente—de la orga-
nización del Partido Comunista.

El anticomunismo de la Iglesia descansa más bien sobre
estas semejanzas que sobre las diferencias. No hay lugar
en el mundo para muchas fuerzas totalitarias. En el pasado,
el absolutismo político se contentaba con fiscalizar la eco-
nomía mediante el proteccionismo, y la conciencia de los
pueblos mediante la ayuda condicionada de la Iglesia. El
absolutismo moderno, que es totalitario, tiende a la pro-
piedad de Estado y quiere ser él mismo una iglesia. La
mística hitleriana y la mística de partido de los comunistas,
constituyen los ejemplos más claros de esa tendencia. No
hablo de la mística fascista italiana, que fué mucho más
superficial y que por consiguiente no llegó a suscitar sino
en ciertos periodos limitados la celosa rivalidad del cato-
licismo.

Fuerte por el apoyo occidental y especialmente por el
apoyo norteamericano, la Iglesia Católica, llamada quizá a
recoger en torno suyo a los cruzados del neofascismo, no
tiene necesidad de llegar en este momento a compromisos
con el totalitarismo comunista y de hecho ha rechazado los
avances de éste, en el primer periodo después de la libera-
ción. Detrás de la cortina de hierro, el problema no es
suyo, sino de la iglesia ortodoxa. Si mañana también Italia
se encontrara detrás de la famosa cortina, la cosa cambia-
ría probablemente de aspecto.

Por otra parte, la situación es similar para el Partido
Comunista. Las iglesias de cualquier tipo son huesos mucho
más difíciles de roer que las democracias parlamentarias o
los «imperialismos» capitalistas. Lenin no está maduro para
el honor de los altares ni Stalin puede ejercer todavía, en
todo y por todo, las funciones de Papa, hasta tanto, por lo
menos, los habitantes de la U.R.S.S. no sean todos miem-
bros del partido lo cual no es siquiera deseable para éste.
La religión del Partido es por ahora una cosa interna; y el
nacionalismo despertado por la guerra no ha sido suficiente
para extenderla entre la masa. De ahí el compromiso con
la Iglesia Ortodoxa, ya que, para mantener el orden, una
religión es siempre necesaria, como decían nuestros abuelos,
inocentemente cavernícolas. En ese terreno no es muy difi-
cil ver y más aún prever la relación de las fuerzas; pode-
mos sin embargo estar seguros que el totalitarismo político-
económico y el totalitarismo religioso, que aspiran a absor-
berse mutuamente, trocarían su abierta o su latente tensión
en alianza, cuando las tentativas que el hombre realiza cons-
tantemente hacia la libertad, corporal y espiritual, llegaran

a ser demasiado amenazantes. Nuevos concordatos, nuevos
tratados de Letrán podrían surgir de esa exigencia, incluso
con fuerzas menos católicas que las de Franco y Perón. La
facilidad con que el comunismo italiano va a misa (o fué a
misa hasta ayer), significa algo en ese sentido.

HETEROGENEIDAD DEL ANTICOMUNISMO: LOS SOCIALISTAS DE DIVERSAS TENDENCIAS

Si se examina, siquiera sea sumariamente, la historia de
los diversos partidos comunistas y especialmente la del Par-
tido Comunista ruso; si se hojean algunas colecciones de
los respectivos periódicos, si—venciendo el natural desa-
grado que cada uno de nosotros siente por tales estudios—
grado que cada uno de nosotros siente por tales estudios—
nos ocupamos un poco de la acción desarrollada por la poli-
cía secreta rusa en el exterior, principalmente en Francia,
en España, en Méjico, en los Estados Unidos, encontramos
que, a través de los cambios de consignas y de la propa-
ganda general (revolución, antiimperialismo internacio-
nista, antifascismo, la mano tendida a los hermanos de
camisa negra (1), frente popular y defensa nacional, uni-
dad antifascista democrática, nuevamente antiimperialismo,
nuevamente unidad antifascista y acercamiento a las clases
medias, retorno al antiimperialismo, pero sobre una base
nacional...), hay un elemento que no cambia: la lucha
contra los socialistas que de algún modo se sustraen a la
obediencia al Partido que tiene en sus manos un sector
tan considerable del globo terráqueo. Absorberlos o des-
truirlos: de ahí la línea de conducta constante (2). Sólo ofre-
cen posibilidad de absorción los marxistas democráticos
que, al no haber resuelto claramente el problema del Es-
tado, se sienten separados de los comunistas—además que
por una barrera moral que los mantiene constantemente
incómodos, pero que les resulta difícil de expresar en tér-
minos políticos—sólo por una cuestión de grados y de for-
mas en el método de gobierno; así como por otra parte se
sienten separados sólo por una cuestión de grados y de
forma, del mundo capitalista occidental, en proceso de
transformación estatizadora. La elección entre «Oriente» y
«Occidente»—cualquiera que sea—implica para ellos la
renuncia al socialismo y al internacionalismo. Práctica-
mente esa elección se efectúa por medio de la escisión de
los diversos partidos socialistas nacionales: una parte—la
democrática—va hacia la «derecha»; es decir hacia Occi-
dente; la otra—la «revolucionaria»—va hacia la «izquierda»,
es decir, a Oriente. Y jamás han sido más absurdas las
denominaciones de izquierda y derecha. Las tentativas en
favor de la «tercera fuerza» están demasiado ligadas al me-
canismo jurídico de la democracia occidental (elecciones,

(1) Para esa fase, breve pero característica, de la poli-
tica del Partido Comunista italiano, recomendamos la
prensa antifascista de la emigración (especialmente del
propio Partido Comunista y de «Justicia y Libertad») de
1934 a 1935.

(2) No resisto la tentación de hacer notar cómo ese
hecho — obvio en los ambientes socialistas — ha sido
descubierto tardíamente y con cándida sorpresa, por hom-
bres de Estado conservadores que han tenido una fun-
ción dirigente en la política mundial, como Mr. Chur-
chill. Dice, en efecto, este último en el cap. VI de la
II parte de sus Memorias, a propósito del envío como
embajador a Moscú de Stafford Cripps: «En aquella época
no estábamos suficientemente enterados del hecho que los
comunistas soviéticos detestan a los hombres políticos del
ala izquierda, más aún que los «torres» o los liberales.
Para los soviéticos, cuanto más próximo está un hombre
a los sentimientos comunistas, tanto más se le odia, a
menos que entre en el partido».

parlamento, legislación sindical, etc.) para ser eficaces. De todos modos, el anticomunismo de los llamados socialistas de derecha—sentimentalmente feroz en muchos de ellos—es lógicamente débil, porque no oponen al absolutismo ruso otra cosa que las posiciones, superadas por los hechos, que contenían en germen el dilema actual: socialismo libre o socialismo estatal.

Irreductibles por razones opuestas son, en cambio, los comunistas disidentes por un lado, los anarquistas por otro. Los primeros, casi todos trozkistas, han permanecido fieles al programa bolchevique de la primera época y hacen cuestión de personas y de táctica, no reconociendo en el stalinismo la continuación degenerativa del leninismo y haciendo comenzar la contrarrevolución rusa sólo con la derrota de Trozky. A pesar de su debilidad numérica y de su escasa vitalidad ideológica, son perseguidos y temidos por razones de política interna rusa; son los adversarios con cuya supresión Stalin llegó al poder, dominando el partido; son los rivales directos, los más firmes y los más odiados. Las consecuencias de ese odio las ha sentido Trozky en carne propia y las han sentido los leninistas españoles en 1937. En condiciones iguales o peores, porque pueden «hablar» y son por tanto más peligrosos, se hallan los comunistas que abandonan ahora el Partido, especialmente si se trata de rusos que al mismo tiempo salen de Rusia.

LOS ANARQUISTAS

También los anarquistas, aunque más numerosos, representan una fuerza exigua, si se exceptúa España y algún país de América española, frente a las formaciones mastodónticas de los partidos socialistas autoritarios. Pero, después del fracaso de la revolución rusa, la historia ha vuelto a poner sobre el tapete la vieja discusión entre Marx y Bakunin; es decir, entre socialismo estatal y socialismo libre, descentralizado, federativo. Los términos del problema han sido renovados, refrescados, aclarados por la experiencia de los últimos treinta años. La reducida tropa siente en torno de sí, entre la masa, un confuso deseo de emancipación y de justicia, una necesidad de libertad y de paz que no se satisface con la pesimista e íntimamente desesperada adhesión a uno de los dos «bloques», por temor a algo peor. Sabe que su función será la de conservar la fe en el hombre y en su capacidad moral de vivir asociado, en medio de la desilusión que va provocando el socialismo autoritario, sea bolchevique o social democrático. Esta fe se conserva sólo con la creación, es decir—en este momento de asombrada atonía—con la libre iniciativa.

Esa necesidad es sentida también, profundamente, por muchos socialistas sinceros que militan en los partidos socialistas oficiales o que constituyen los pequeños grupos y partidos socialistas revolucionarios, quienes tratan de «repensar» con mentalidad actual el problema político del socialismo; y se sienten profundamente incómodos. No creen ya en el valor instrumental de la vieja democracia burguesa o de la «transitoria» dictadura del proletariado, y no ven otra barrera frente al totalitarismo. Se sienten retenidos en el umbral de la negación del Estado por un latente orgullo de partido y sobre todo por el temor de caer en la «utopía», de perder esa «seriedad» en nombre de la cual se aceptan tantas cosas absurdas y ridículas en nuestra época, sólo porque esas cosas poseen un sello gubernativo, una tradición diplomática, un título oficial. Pero los hechos apremian y la definición no puede postergarse por largo tiempo.

En las aspiraciones socialistas de las masas, en los socialistas de espíritu libre, en los anarquistas, está el verdadero enemigo para la red mundial de los partidos comunistas. No el más poderoso pero sí el más temido. Nadie ha de sonreír ante esta afirmación, si piensa sólo en lo que han

hecho los agentes rusos (y el partido comunista al servicio de esos agentes) en España, durante el trienio 1936-1939, en las expediciones punitivas contra las colectividades campesinas, en la tentativa de golpe de Estado dictatorial basado en las clases medias y dirigido contra los sindicatos, en el asesinato de revolucionarios como Berneri, en el bombardeo, en las venganzas, en los procesos, en las calumnias sistemáticamente organizadas...

Eran los tiempos en que Rosselli (socialista de tendencias libertarias) caía bajo el puñal de los sicarios de Mussolini; y sin embargo, a los ojos de los «realistas», la obra antifascista de Rosselli y la de todos los grupos exilados era bien poca cosa frente a lo que se estaba preparando a las grandes fuerzas que se estaban por desencadenar. Pero el totalitarismo conoce a sus enemigos. Los prisioneros políticos rusos pertenecen en su casi totalidad a las diversas tendencias del socialismo; en la zona rusa de Alemania y en los países del «glacis» soviético, los campos de concentración establecidos por los nazis se han vuelto a llenar ahora de socialistas, de comunistas disidentes y de anarquistas, algunos de los cuales sólo han disfrutado de breves «vacaciones» entre una y otra internación. Y en Berlín, en la zona occidental, no son los nazis los que más temen por sus vidas en los momentos en que la vecindad rusa se hace amenazante.

PARADOJAS DE LA POLARIZACION DE FUERZAS

Tal es el panorama, confuso y variado como nunca, de las fuerzas que son o se proclaman anticomunistas. Hay tan poca relación entre ellas, mientras habría tantos puntos de contacto entre algunas de esas fuerzas y otras del campo llamado antiimperialista, que la polarización parece algo completamente absurdo. Y hay que reconocer que lo absurdo es un elemento importantísimo en la historia. Si tomáramos por ejemplo, al principio del siglo pasado, a los partidarios y a los adversarios de Napoleón, nos halláremos frente a igual contradicción; había quien odiaba al corso por espíritu legitimista y quien lo odiaba por amor a la libertad; quien lo amaba considerándolo el propagador de los principios de la revolución y quien lo adoraba porque había restaurado el orden y creado una corte más brillante que la del antiguo régimen... Durante las luchas que agitaron a Europa en el siglo pasado el equivoco se aclaró a costa de sangre; pero el mismo malentendido resurgió en el seno del socialismo, bajo cuyo signo se combaten y se combatirán probablemente las luchas, bastante más sangrientas, de nuestro siglo.

Acelerar esa aclaración, antes que se convierta en esa «ciencia del después, de la que están llenas las fosas» y que no sirve para otra cosa que para vanas recriminaciones, es la tarea de los socialistas libres, que no hacen de la propaganda un oficio o una simple función de partido.

Lógicamente fácil y clara, la posición de quienes luchan por la verdadera libertad y la verdadera justicia social, se convierte en difícil y casi podría decirse trágica, en medio de esa absurda alineación de combatientes, donde el stalinismo hereda la función histórica del nazifascismo. Los anticomunistas por conservadurismo, por amor a la propiedad privada o por rivalidad de dominio, han sido durante los últimos veinte años partidarios más o menos abiertos o conscientes del totalitarismo de Roma y Berlín. Ahora son antitotalitarios de circunstancias, crédulos, fácilmente engañables, fácilmente llevados a representar groseramente su parte anacrónica en beneficio de su circunstancial adversario mucho más vital. Observad la política inglesa en Grecia. Parece calculada a propósito para dar a los comunistas el monopolio de la lucha popular contra la monarquía

servicio. Lo mismo puede decirse de la política de las potencias democráticas respecto a España durante la «guerra civil» y después; lo mismo de la política inglesa en Palestina. Y, en otro terreno, la lucha que por medios legales comienzan a llevar adelante los gobiernos «contra el comunismo» en América y en algunos países democráticos de Europa, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, que comienzan por violar a ese objeto su propia constitución, ofrece otro aspecto de la misma realidad. Las fuerzas capitalistas en proceso de transformación comienzan a realizar—después de la derrota del nazifascismo—una segunda tentativa de abandono de la democracia formal, la que se ha convertido para ellos en un obstáculo, en lugar de ser un instrumento. El «comunismo» es un pretexto para medidas represivas, como lo ha sido para el fascismo. Totalitarios en acción y en potencia, rojos y negros, se combaten mutuamente a causa de la natural rivalidad producida por el objeto común de sus aspiraciones, pero con mucha más saña combaten (denominándolo los rojos negro, y los negros, rojo) el espíritu de independencia, de solidaridad en la base, que es en suma la gran reserva antitotalitaria para la supervivencia de la libertad en el mundo. De una y otra parte se refuerza al Estado a costa del hombre.

El proceso, repetimos, no es tan avanzado en Occidente como en Oriente; pero el camino está señalado, por lo que se refiere a las clases dirigentes. Hay quienes, al adoptar medidas legales represivas contra el «comunismo» creen de buena fe defender esa democracia formal que ha costado tanta sangre y tantos esfuerzos, y que muere por falta de contenido. Y no tienen en cuenta que al violar la libertad

bajo el pretexto de defenderla, la democracia queda desnuda e indefensa frente al totalitarismo «rojo», aunque se encuentra armada hasta los dientes, ya que el arma de su adversario es la aureola del socialismo, esperanza mundial de las masas. Si se combate contra esa enorme esperanza en nombre de la libertad y al mismo tiempo se viola la libertad, se está desarmado, aun cuando se disponga de la bomba atómica. Por eso, el mundo que seguiremos llamando demoplutocrático es más débil ahora, frente al totalitarismo ruso, que antes frente al totalitarismo italoalemán.

La U.R.S.S. contará, para una guerra eventual, con los partidos comunistas de todo el mundo, partidos que serán potencialmente fuertes, aunque numéricamente exiguos, por que continuarán disfrutando de la solidaridad o, por lo menos, de la neutralidad de los trabajadores, hasta tanto la lucha se plantee sobre la base de este dilema: *democracia capitalista* (de la cual los trabajadores sienten en carne propia, más el aspecto capitalista que el aspecto democrático) o *socialismo soviético* (cuyo carácter tiránico intuyen apenas vagamente y cuyo carácter antisocialista les escapa por completo). Así, la multitud inmensa de los que no gobiernan ni explotan, única fuerza que se puede verdaderamente oponer al totalitarismo en el mundo (se ha visto, en la guerra pasada, la importancia que tiene ese difuso espíritu popular antifascista) es hoy en gran parte, a causa de su propio deseo de justicia y libertad, un instrumento inconsciente del totalitarismo más feroz.

Luce FABBRI

(Terminará en el próximo número).

EL SINDICALISMO Y EL PROBLEMA DE LA CULTURA

Se nos presenta un problema importantísimo que el proletariado debe resolver. El de la cultura.

¿Qué harán los trabajadores al día siguiente de la revolución con respecto a este problema? ¿Qué harán de los ateneos, de las escuelas, de las bibliotecas, de los institutos profesionales, etc., los trabajadores?

La labor a realizar la encomienda el Sindicalismo a los grupos de afinidad, a los diferentes sectores de la inteligencia que integran los sindicatos obreros.

Si la preparación, nuestra preparación es lo fecunda que deseamos y procuramos que sea, al día siguiente de la revolución, destruiremos—así, destruiremos—todo cuanto en el orden de la cultura nos pueda ser perjudicial.

Si destruimos universidades y disolvemos ateneos (en cuanto al valor moral que en este momento damos al hecho), habremos realizado una obra fecunda contra la rutina imperante.

Hemos de crear nuestras universidades y nuestros ateneos.

Si no podemos, si los acontecimientos nos sorprendieran, si no tuviéramos tiempo, nos aprovecharíamos de lo superior que hubiese realizado la burguesía. Lo que sí haremos, aún en último caso, es arrancar de cuajo lo malo, lo perverso, lo inútil. Utilizaremos lo utilizable de la burguesía y entre tanto, realizaremos definitivamente nuestra labor.

Esto haría el Sindicalismo en el problema de la cultura. Esto hará, indiscutiblemente.

Salvador SEGUI

«QUADRILLE»

DIPLOMATICA



A O.N.U. recién estrenó casa. A este humo hay que saludarlo. Humo, *fumus*. De donde viene humano, tanto como de humus, y más aún que de *homo* y *home*.

Cuando los pueblos tomen posesión de su soberanía, de que se los desahució, cosa la primera que no ha ocurrido más que *per accidens*, pero a la que tendrán que proceder fatalmente, si no se ha de seguir haciendo vil escarnio de la democracia, una de las madrigueras que más rigurosamente tendrán que fumigar, serán las correspondientes chanzas chancillerescas.

Suele, efectivamente, el guardasellos—un Morny, un Bulow, un Derby, un Metternich, un Talleyrand—ser el amo de cada nación, hasta el baratero a veces de los ministeriales equipos y tiros de caballos de la troika gubernamental. Y como arbola la batuta de la orquesta política, se ríe del Parlamento y de las Cortes, no haciendo incluso generalmente más caso de la propia corona, que del conserje de sus oficinas o del chófer de su convertible. La cueva de Negocios Extranjeros stocka frecuentemente más leña de Inquisición y de reacción, que las provinciales de la Compañía de Jesús en el monte.

A la República española le echaron la zancadilla impudoros celestinos de ese corte milagrero. Y a Franco se le sostiene con tercerías y zurcidurias de la más burda hilaza, desde que a nuestra Revolución se le cerró la frontera septentrional, para que no nos entraran en la boca moscas en forma de cañones. Parte de muy lueña esto de rifársenos a los españoles y el jugar con las nacionalidades a la canasta uruguaya y al chamelo los señores de la *carrière*, que ordinariamente tienen como una *carrière* la elegante cabeza. Pero, como vemos ahora al Departamento de Estado americano embarcado en la misma nave de folla, en que se llevó a nuestro país al «deshabillen» del 98 y del 41, hemos de prevenir a los que navegan alegremente estos Caribdis, por si alguien ha tomado pasaje en estado de incencia, para hacer la peligrosa travesía.

Casi todo el siglo XIX y la mitad del que está corriendo como un galgo, lo perturba el Foreign Office britón, más conocido por Downing Street, de la calle en que trota. En España nos mete fuego con guerras civiles salvajes, complots de claro signo policial y espional, cuartelazos que te pinte 15, separatismos cristicolendos, asonadas impopulares y otras escandaleras. Y cuando no es dicho Buró, el que nos siringa, son la Consulta inconsulta, el Quai d'Orsay, la Wilhelmstrasse, el Vaticano u otro Circo Krone. El caso es que siempre está nuestro pobre oscense S. Lorenzo, tendido en una parrilla como un Escorial y con duendes de casaca en derredor, que echan combustible al freidero y soplan en su rescoldo como energúmenos.

Como la cinta de un artículo de circunstancias no permite mucho desenrollo de carrete, nos iremos al cogollo de la lechuga, rodando un film de nuestra centuria décimo-

nónica, un tanto en salmuera ya, pero ameritable de ser sacado de tras papel, para proyectar luz sobre el pernicioso influjo que las ingerencias reaccionarias de un extranjero inamical han ejercido en nuestro interior. Me refiero al *affaire* de gran kilometraje, en que danzó Montpensier.

Reinaba por renes, a la sazón, en la Península Cristina de Nápoles, alegre viuda de Fernando VII y picatoste. En Francia corría el gamo Luis Felipe. Y en Inglaterra tocaba la gaita de Escocia el dúo Victoria y Alberto, brillante joven alemán este último, que se dedicaba a raras experiencias con los propios excrementos. Era ministro de Estado de la pareja Lord Palmerston. Estamos por las vueltas de 1850, poco más o mangas.

A Palmerston le importaban un higo sus soberanos y su jefe de Gobierno Russell. Hacía la política de los aristócratas del partido whig: liberalesco o liberaloide dentro de casa y ultraderechista fuera; pero, aliándose con el diablo, con Kosuth, con las revoluciones y revueltas de todo color, para servir al único Diosa de la City, el sacrosanto Pluto, verdadero Plutón del infierno en que se nos asa. En España engordaban al Bull de John buenos negocios: Riotinto, Peñarroya; hierro de Vizcaya, bodegas de Jerez; ageneías compradoras de conservas, higos, uva, pásas, cebollas, naranjas y otros frutos. En los ferrocarriles, barcos y Bancos y demás navegación de altura, también se hacía notar el toro tory.

Tenia Cristina dos hijas mozas, de las que no se había demostrado lo contrario: Isabel y Fernanda; la mayor, heredera del trono, en el que Albión necesitaba un pelele. Por su parte, Guizot, ministro de Luis Felipe, intrigaba para colocarnos al primogénito de su rey, duque de Montpensier. Les llega el olor de perro muerto del embuchado a los ingleses. Guizot da aparentemente un paso atrás, para desescamar a los besugos que lo celan; y propone para esposo de Fernanda a Montpensier, y para maridar con Isabel al Duque de Cádiz, sobrino del punto filipino regio. Como el gaditano es impotente, los hijos de Fernanda y Montpensier heredarán el cetro, para dar cetrazos con él al *coetus* del Canuto, poco conforme con la *splendid isolation* tradicional.

Cuando más se menea y revuelve el guisado de Guizot, más apesta. El Foreign nos quiere encajar a Leopoldo de Coburgo-Gotha, un sajonio sajonado. Pero, esta casa se dedica a exportar taleguilla torera, y tiene ya príncipes en Wurtemberg, en Bélgica, en Portugal, hasta en Buckingham Palace. Los alemanes, por lo hacha de su pernil, constituyen un peligro. Guizot juega fulleramente esta carta con los Lores y gana en España la partida a favor de su rey. Quema las etapas de los acontecimientos con una frase, que pone como un trapo la honra de nuestras mujeres más copetudas: «Las princesas españolas son terribles. Y hay que evitar que por la cocina o la carbonera del Palacio de Oriente, llegue antes el heredero del trono, que el marido de la Reina». La O.N.U. de entonces ya era una luna; o, por lo menos, una hunesca de marca.

Angel SAMBLANCAT



POETAS

de ayer y de hoy



La Rueda

La virgen hilaba,
la dueña dormía,
la rueda giraba
loca de alegría.

Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones.

Gira, rueda mía,
gira, gira al viento,
que se acerca el día
de mi casamiento.

Gira, que mañana
cuando al alba cante
la clara campana
llegará mi amante.

Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el amado
que al altar me lleve.

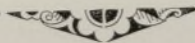
Se acerca; lo siento
cruzar la llanura,
me trae la ternura
de su voz, el viento.

Gira, gira, gira,
gira, rueda loca,
mi amado suspira
por besar mi boca.

Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones.

La niña cantaba,
la dueña dormía,
la luz se apagaba
y sólo se oía
la voz crepitante
de la seca leña
y el loco y constante
girar de la rueda.

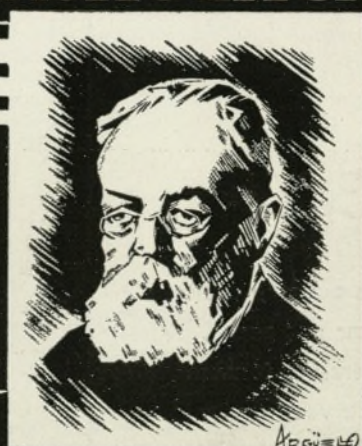
Francisco Villaespesa



Anselmo Lorenzo

EL PROLETARIADO

Militante origen del
Sindicalismo



Ediciones MLE-C.N.T.

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, 250 francos.



Pedidos a «CNT»

4, rue Belfort, TOULOUSE

C.C.P. 1197-21 — Toulouse

“La C.N.T. en la Revolución Española”

por José PEIRATS

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCECOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).